por

ABRAHAM RAMÍREZ PEÑA

SAN SALVADOR, C. A.
IMPRENTA NACIONAL.

PQ7539
.R3
N3

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7539
.R3
N3

Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/naderisartculosy00ramr

PQ7539
.R3
N3

ABRAHAM RAMIREZ PEÑA
(José Garrick)

Naderías

(ARTÍCULOS Y CUENTOS)

SAN SALVADOR
IMPRENTA NACIONAL — 1913.

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

PRÓLOGO

El escritor verdadero lo concibe el alma contemporánea como los atrevidos exploradores de las selvas, de los aires y de los mares, sin límites, sin sectarismos odiosos, siempre luchadores, nobles, grandes, siempre tesoneros y escudriñadores entre el laberinto del humano saber. Solamente con esa contextura ciclópea puede cumplir su obra de divulgación y de enseñanza. Y la escuela del escritor, es una y eterna desde su aparecimiento hasta su muerte. De aquí viene su transfiguración luminosa, si es que logró llenar, en ardua y pe-

renne batalla, su misión redentora.

Escribir es cosa factible para todos. En todas las latitudes y en todas las épocas han escrito cuantos han querido. Los poetas siempre han cantado. El Arte viene viviendo también, paso a paso, con la humanidad. Se ha escrito al bien y al mal. Se ha cantado a la vida y a la muerte. Y el Arte ha estado, ora en consorcio con la grandeza, ora con la estupidez de los pueblos y de las razas.

La Historia ha tejido, siglo tras siglo, ese laberinto que a veces desorienta a los humanos, colocándolos, sin armonía alguna, ya en el pináculo de la gloria o en las espeluncas hórridas de una Babel, ya en la montaña sagrada o en un rincón de la caja de Pandora.

Pero lo que no es factible, es que generaciones enteras de escritores, poetas y artistas, nos enfoquen con su luz, y nos

guíen hacia la tierra prometida. Son raros los astros en el infinito cielo del pensamiento. Factible es escribir para todos, mas no es pensar bien ni conquistar los laureles del vencedor en una jornada gloriosa, si nos atenemos a los estrechos muros del campo de acción que nos circunda.

Si tomamos como ideal el pequeño reducto de nuestra comprensión, es inútil toda tarea que emprendamos, porque allí mismo quedará sepultada la obra y la jornada. Si no nos sentimos con voluntad indomeñable ni con acometividad audaz, dejemos que marche la humanidad a su modo. Nuestras lucubraciones son sueño entonces, y no haremos otra cosa que perpetuar errores y exclusivismos. Si nos proclamamos escritores y sentimos que nuestro espíritu es grande y soberano, de no poder ir más allá con el fuego del pensamiento, borremos los mares y las montañas y fijemos como estadío la

alta bóveda celeste, y los cuatro extremos de la llanura universal. Ese campo ya puede contener, en parte, la lidia de nuestros ensueños. Y este es el terreno que escogieron quienes perduran redivivos al través del tiempo y de las convulsiones del mundo, transfigurados en supremos magos de la Idea.

En este punto de parada de la humanidad se palpa y se ve que ya se rompe el equilibrio de los hemisferios poblados. Las razas, la Naturaleza misma, sienten un desesperante cansancio. Algo como un soplo de esterelidad bate la caliginosa atmósfera. El dolor pesa abrumadoramente. Los errores han tomado proporciones de cumbre. Las concupiscencias individuales y colectivas se desbordan como mares que empujaran a la tierra.

Es el momento para los pensadores jóvenes; pero no para los pensadores encastillados en su torre de marfil, ni para esos

sabios de fingida venerabilidad que aprendieron para sí y no para los demás. Es el momento para los que, si no tienen un pozo de ciencia, sí tienen alma y valor para entrar resueltamente a la batalla, explorándolo todo y marcando sus pasos con un punto luminoso.

Y digo que es el momento para los pensadores jóvenes, los que vienen de muy abajo de la escala social, de los antros del dolor y de la miseria, porque de allí es que surge el altruismo, la luz y la ciencia, así como de las entrañas de la tierra brotan los volcanes, así como del hondo misterio del océano surgen las tempestades bravías.

* * *

Así pienso, atrayendo hacia mí el espíritu de la juventud batallarosa que en América se va

alzando con aureola de prodigio, tomando en un puño el valor y el pensamiento de los clarividentes de la antigüedad y arrojándolos, diluidos, sobre toda una raza que va a poner los cimientos de su grandeza sobre las ruinas de imperios desaparecidos o que están para desaparecer.

* * *

Y en este rincón de la América, también hay algo que se mueve y que va a levantarse para confundirse entre las irisaciones de un nuevo sol. Hay algo que viene asomando de los bajíos profundos y va hacia las alturas a colocar firmes baluartes, sin miedo y sin vacilaciones.

Es David, — simbolizado en una pléyade altiva con los nombres de Alberto Masferrer, Alonso Reyes Guerra, Abraham Ramírez Peña, José Rodríguez Cer-

na, Virgilio Rodríguez Beteta, Rafael Arévalo Martínez, Salvador Turcios R., Alberto Rivas Bonilla, Manuel Alvarez Magaña, Salvador Mendieta, Roberto Brenes Mesén, Tobías Zúniga Montúfar, Rómulo E. Durón, Salatiel Rosales, Rafael Heliodoro Valle y cien más, — que viene a repetir aquella lejana leyenda, poniendo su raza amparada en el Derecho frente al Gigante que deslumbra con su fuerza.

Utópicos sueños parecen los ideales de este moderno David; pero va a resultar que caminan, se enfrentan, embisten, combaten y vencerán en el sin igual torneo de la raza a que pertenecemos.

* * *

Ramírez Peña, el autor de POR LA PAZ DE CENTRO - AMÉRICA y de ALMAS GRANDES; Ramírez Peña, un hermano mío en ideales,

silencioso y activo, del temple de aquellos héroes que en épocas pretéritas, con la sonrisa en los labios, sabían conducir sus legiones al triunfo, presenta este nuevo volumen suyo, con el más modesto título.

Su primera serie de obras constituye un buen basamento para su obra futura de pensador y combatiente esforzado.

J. Dols Corpeño, Ph. D.

San Salvador, Estado de El Salvador,
Centro-América, a 15 de octubre de 1913.

AVENTURAS DE PEPILLO

Don Nicomedes Navelo, viejo setentón, cargado de achaques propios de su edad y de un humor endiablado, tenía por consorte a la mujer más insufrible, e intransigente, que hubiera en veinte leguas a la redonda. Doña Sofía, no era de las que se dejan sentar mosca, como decía una vecina.

«Era de malas pulgas la tal niña Sofía»; y era la verdad, porque tenía un humor ¡vaya, que aquello no era humor, ni temperamento, ni carácter ni.....! Doña Sofía era la bilis personificada.

Allá por los años de la ruina, una de las célebres ruinas de San Salvador, Nicomedes Navelo y Sofía Tinoco, miembros de familias distinguidas y acomodadas, resolvieron cargar con

la pesada cruz del matrimonio y desde entonces juntaron sus suertes y con ellas, sus haberes pecuniarios, los cuales fueron disminuyendo paulatinamente, en razón del sistema de vida que adoptó el matrimonio.

A la sazón llevaban ya regular cantidad de años de continuas reyertas y el amor que les juntó, permanecía intacto, incólume, sin menguar en lo mínimo, porque si bien es verdad que los arañazos y pellizcos menudeaban, también menudeaban los besos y suspiros entrecortados. Así, pues, don Nicomedes y doña Sofía continuaban amándose a su modo. Era un matrimonio como hay muchos....

El que ahora nos ocupa, fue abundante, sino en bienes de fortuna, por lo menos en los deberes de la procreación; toda vez que, llegó a contar cinco ejemplares del sexo débil. Marta la mayor era una solterona como de unos treinta y cinco años, espiritual y soñadora, que alimentaba la esperanza de encontrar marido. Su aspecto personal no era del todo despreciable, pues aunque no dejaba de ser un tanto desagradable en detalles, el conjunto resultaba *pasadero*. Elena seguía en edad a Marta y había heredado la fachenda de la madre, en todo y por todo; y cuando en el espejo veía las huellas imborrables de

la viruela, suspiraba llena de coraje, tratando de rellenar con polvos, lo que la terrible enfermedad le había dejado como triste recuerdo. Refugio tenía el peor defecto de las mujeres, ser coqueta, y todo por un maldito lunar que ostentaba con gracia en el carrillo derecho, como a unos dos milímetros de la juntura de sus frescos y sonrosados labios. Ese pícaro lunar tenía loco de amor a su novio el petimetre de Pepillo, el *factotum* de la casa Novelo-Tinoco desde que fue reconocido y aceptado como novio de la insustancial Refugio.

Rosita y Catocha eran todavía muy niñas para figurar en el escalafón de las casaderas.

* * *

Dicho lo anterior, procedamos a narrar nuestra historia.

Aquel día, por la noche, iba a tener lugar en casa de los Navelos, como decían familiarmente los vecinos, una reunioncita de confianza (vulgo: *guasa)*, celebrando el cumpleaños de doña Sofía, quien completaba sus sesenta y tantos años de vida.

Desde muy temprano del día, la casa era un verdadero revoltijo; todo era desorden, todo confusión. Por la sala se veían diseminados, fustanes,

camisetas y calzoncillos en amable consorcio con cuellos, medias y otras piezas de la indumentaria de la familia Navelo. También se notaban regueros de flores, cintas de papel de color y mil *chécheres* necesarios para la ornamentación de la sala de recibo. Dos mozos, martillo en mano, desprendían y prendían cortinas, y doña Sofía iba y venía sin hacer otra cosa que hablar y accionar con brazos y pies. Las niñas, en vueltas y revueltas, pasaban el tiempo sin dar mano al arreglo del saloncito en que se recibiría a las amistades, aquella memorable noche.

Don Nicomedes, al oír los primeros repiques de campanas de la vecina iglesia, había enderezado sus pasos a ella con santa devoción y eran las once del día sin aparecer por la casa.

— ¡Jesús que hombre para rezar tanto! exclamaba a cada rato su digna consorte;—ya esto raya en temeridad. Nada podemos hacer nosotras, cuando la cabeza está ausente, digo la de Nicomedes.....

— Pero mamá, hace un rato que estoy preguntando por mi caja de polvos.

— Niña, ve a hacer coronas de papel, ayúdale a tus hermanas y no pienses en polvos, que para polvos

estamos hoy..... y Nicomedes sin volver.

— ¡Uf..... ya no puedo más, he ido a todas partes, de tienda en tienda, y no encuentro *pasas* en ninguna parte, para el relleno del chompipe, decía Pepillo entrando fatigado y sudoroso,

— ¿Y quién te mete a mandadero?

— Pues..... pues Ud. sabe que cuando manda Refugito..... ¡ay!, no queda más que obedecer, dijo Pepillo suspirando.

— Sí, pero lo mejor es que vayas a hacer coronas de papel, niño, y déjate de suspiros. ¡Ah!, ahora que recuerdo, Tomasa,.... Tomaaaa.....sa!

— Señora,—dijo la sirviente entrando con una cacerola en una mano y en la otra un tizón.

— Trajo los *suspiros* y marquesotes la mujer de los.....

— Sí señora, sólo que estan algo requemados.

— ¡Qué horror! Cómo va a brincar de cólera Nicomedes, él a quien tánto le gustan: como no me lo dijiste antes.....

— Mamá no hallo mi corpiño, ¿no sabes dónde lo dejé?

— Como nó,....; ya voy a saber yo donde ponen ustedes todas sus cosas!

— Allá veo un trapo dijo Pepillo,— señalando debajo de una mesa—será lo que usted busca?

— Es el talle de Marta, exclamó doña Sofía.

— No, es el de Elena.

En fin, que aquí no hay nada, dijo doña Sofía furiosa por la contradicción. Todo el mundo afuera, de lo contrario no acabaremos jamás de arreglar esto.

Así se fué pasando el día, hasta que se aproximó la noche. Afortunadamente, una mano oculta, por arte de magia, arregló el saloncito sin saber cómo ni por quienes. Es el caso que a la hora citada empezaron a llegar los convidados, quienes en primer término observaron lo mono que había quedado con sus colgaduras, flores, cintas y demás adornos.

Para Pepillo fué aquel un gran día; cada vez que tenía oportunidad, ensayaba un vals con un palo de escoba o con una silla, se veía al espejo, se limpiaba los zapatos, se arreglaba el pelo y hacía mil contoneos para probar cuál sería la mejor posición que debía adoptar al tiempo de invitar a Refugio para bailar un vals o una polka.

— ¡Nada!, se decía, esta noche seré el hombre más feliz del mundo; bailaré con *mi niña* hasta que ya..... Refugio es indudablemente la muchacha que me conviene; pero la verdad es que no he podido comprender por-

qué razón se pone seria y fría cada vez que le hablo, y más aún cuando viene a casa el vecino de enfrente, ese maldito cadete de la Politécnica, tan alto y tan tieso como un Don Quijote. ¿Será que le hace el amor a Refugio el tal militar? Eso sería terrible para mí, es decir si ella le corresponde, relegándome a mí, que tan constante he sido y tan servicial me he mostrado. Ese sería un golpe fatal para mí; pero no, no debo desconfiar de ella que es todo un candor, y con aquel su lunar!.... me da frío al pensar que ella pudiera dejarme de amar. De fijo que me pego un tiro..... Vamos, no hablemos de eso en este día en el que debo gozar mucho. A todo esto ¿qué hora es?... las siete..... ya es tiempo que vuelva a casa de Refugio; ella me estará deseando para bailar conmigo, ¡claro! soy su novio, y además, me ama tanto!

Pepillo dió un último cepillazo a su frac, colocó en el ojal un clavel rojo y tomando su varita, salió disparado en dirección de la casa de su adorado tormento.

No obstante la confianza que él tenía en casa de los Navelos, no dejó de experimentar cierta sensación al contemplar la transformación que había sufrido aquel saloncito, y más

aún, en presencia de aquel enjambre de niñas bien trajeadas y dispuestas a gozar las delicias del baile.

Pepillo, ciego de emoción, tropezó con una señora que estaba sentada a la derecha de la puerta por donde entró, derribó un colgaje y lleno de vergüenza salió inmediatamente.

Todo el mundo lanzó involuntariamente una carcajada al ver las muecas que hizo.

Pepillo sintió en su interior el haber sido la nota de hilaridad tan al principio de la fiesta. Él, que iba dispuesto a cumplir con los deberes de un caballero, empezar con tan mala estrella! Por fortuna doña Sofía ni don Nicomedes estaban presentes, de lo contrario la cosa hubiera sido peor.

Refugio que estaba en lo mejor de conversar con el cadete de marras notó algo de lo ocurrido a Pepillo: pero se mostró indiferente y siguió su conversación. Esto hizo sufrir más al petimetre, que la vergüenza de haber caído en pleno salón.

La orquesta preludió sus instrumentos y comenzó a ejecutar una polka.

Todo el mundo se levantó de sus asientos, unos para bailar, otros para dejar el campo libre a los bailadores, pues el local era algo reducido.

El infortunado Pepillo suspiraba detrás de un señor alto y de anchas espaldas, viendo a su adorada Refugio bailar con el cadete.

— Esto va mal, se decía, ni siquiera ha venido a preguntarme si sufrí algún golpe o nó; yo debo pedirle explicaciones y lo haré, ¡vaya si lo haré! Al concluir esa pieza debo hacerlo y me las debe dar completas y a satisfacción mía, por.....

— ¿Qué está usted diciendo? exclamó,—volviéndose el de las espaldas anchas, — pedir explicaciones tan al principio de la fiesta? Sepa usted que este no es punto de dar escándalos y me quito el nombre si no le deshago a puñetazos, si se mueve de ese lugar!

— Pero señor....

— ¡Silencio! o es usted hombre a la calle.

Pepillo no habló ni siquiera gimió.

El que así le había increpado le lanzó una mirada furibunda y se dirigió hacia otro lugar del corredor donde estaban conversando familiarmente otros caballeros.

— ¿Qué tal mi amigo don Sixto?

— No vé usted que un pedazo de alcornoque, está con pretensiones de desafiar a alguien y tan sin miramiento alguno. ¡Ah!; pero le he dejado plantado y creo que no se moverá de su sitio.

— ¿Quién es?, preguntaron en coro todos.

— Aquel de levita con clavel rojo en el ojal.

— ¡Pepillo!

— Ignoro su nombre.

— Sí, hombre, es Pepillo, el ente más inofensivo de todos los que estamos aquí.

— Inofensivo y queriendo pedir explicaciones?

— Serán de otra naturaleza.

— Bien, allí estará hasta que mi gana quiera, y abandonando el corrillo se fue a reunir con otros.

Entre tanto, el desgraciado Pepillo ni siquiera tenía derecho de hablar: más le hubiera valido estar a diez leguas de distancia. Para esto había trotado todo el día, para perder hasta la facultad de hablar y moverse, ¡qué desgracia!

La pieza se concluyó y todos fueron a sentar a sus respectivas compañeras. El militar, sentándose, a vista y paciencia del pobre Pepillo, al lado de Refugio, continuó su interrumpida conversación.

— Está visto, pensó Pepillo, que yo debo renunciar al amor de Refugio, debido a mi impotencia, porque lo que es ese militar si que me deja tieso y....parte sin novedad ¡Ah Refugio tan ingrata! me olvidas por ese hombre

que no te ama, ni te amará tan ardientemente como yo! Y por lo que se ve el tal cadete no abandona la plaza y yo, con esta consigna que ese hombre gordo me ha dado, ni siquiera puedo ir a disputársela. La verdad es que me falta valor.

El tiempo pasaba.

La orquesta que había tocado ya tres veces, comenzó la introducción de un vals de cuatro números.

Don Sixto no era hombre que acostumbraba a trasnochar y muy pronto se retiró de la reunión, con lo cual quedó levantada la consigna que Pepillo recibió de él.

Ya era tiempo, el cadete había bailado cuatro veces seguidas con Refugio y justo era que él tuviese ocasión de bailar con ella, ya que ni siquiera había podido hacerlo con otra; así fué que, aprovechando un momento que Refugio se levantó para ir al tocador a arreglar sus cabellos y ponerse un poco de polvos, Pepillo corrió tras ella y se introdujo de improviso en el cuarto del tocador, valido de la confianza que él tenía en casa de los Navelos; pero estaba escrito que había de ser desgraciado aquella noche. En el cuarto del tocador habían otras niñas que estaban arreglándose las faldas un poco ajadas o el talle demasiado oprimido; en fin, algo que

los ojos del hombre no debían ver. Doña Sofía era el cancerbero fiel que guardaba la entrada de aquel rincón donde quedaban como en misterio, lo que las niñas hacían para parecer graciosas a la vista de los galantes caballeros. Cuando Pepillo se introdujo de sopetón, doña Sofía enfurecida por la imprudencia, le agarró de las faldillas del frac y con fuerza le lanzó incontinenti hacia el salón, donde rodó hasta parar a los pies del militar, quien se apresuró a levantarle y tomándole por el fondillo le sacó al corredor, como quien saca un muñeco, es decir, sin el menor esfuerzo.

Aquello ya no tenía precedente. Pepillo sufrió un síncope con esta nueva vergüenza.

Las personas que estaban en el salón comentaron lo ocurrido, entre risas y palabras ofensivas para el infeliz Pepillo.

— Ese joven, dijo una, está empeñado en barrer con su cuerpo la estearina que se ha regado para facilitar el baile.

— Nó, en lo que está empeñado es en demostrar que él tiene habilidades para hacer desternillar de risa a la concurrencia.

El pobre Pepillo fue llevado en peso al cuarto de don Nicomedes para prodigarle atenciones y hacerle volver de

su desmayo. Cuando esto se hubo conseguido, don Nicomedes le reprendió por el abuso de confianza, pues ya doña Sofía había hechado lenguas de lo ocurrido en el cuarto del tocador.

Pepillo juró portarse, en lo sucesivo, de la mejor manera, aunque aquellos sucesos habían sido involuntarios de su parte, y aprovechó la ocasión para poner en conocimiento de don Nicomedes, su futuro suegro, la indiferencia de Refugio, única persona culpable de lo acontecido, las interminables pláticas de ella con el militar, en detrimento de su amor verdadero, la falta de atención de ella, y por último, la consigna que el señor de anchas espaldas le había dado, de no moverse.

— La cena está servida — dijo un mozo entrando en el cuarto.

— Vamos, hijo mío, levántate, olvida lo ocurrido, yo arreglaré mañana eso de Refugio. Cuenta conmigo y vamos a cenar que bien lo mereces después de tanto contratiempo.

— No tendré valor para presentarme ante el público después de lo que me ha sucedido con el cadete.

— Vamos, déjate de *niñadas;* arréglate un poco el vestido y....andando.

Pepillo obedeció a su futuro suegro y salió del brazo de él.

Ciertamente la mesa estaba servida y ya toda la concurrencia estaba con-

venientemente colocada; sólo quedaban vacíos los puestos de don Nicomedes y el de Pepillo. Estos se sentaron y el último notó, con pesar profundo, que Refugio estaba muy bien atendida por el militar, quien no perdía ocasión de serle útil, servicios que ella aparentaba recibir con muestras de aprobación.

Aquello hizo sufrir hasta el colmo al infeliz Pepillo, quien no se atrevía a volver la vista a otro lugar, ni mucho menos a tocar sus platos.

— Coma algo joven, le dijo un vecino.

— No tengo apetito.

— Haga un esfuerzo; conviene que dé un bocado.

— Gracias.

— Aquí está el chompipe relleno, dijo Tomasa, entrando con aire de triunfo, llevando en un enorme azafate, el ave bien condimentada y entera, para que fuese descuartizada en la mesa.

— ¿Quién será el descuartizador?, preguntó una señora.

— A don Nicomedes, que es el señor de la casa, le corresponde ese oficio;—dijo un señor coloradote y canoso que estaba al extremo opuesto del lugar que ocupaba don Nicomedes.

— Nó, exclamó doña Sofía. Nicomedes jamás ha podido descuartizar ni una paloma; que lo haga otro.

El cadete dijo algo al oído de Refugio y ésta, sonriendo picarezcamente,

se puso de pies y con voz melosa rogó a Pepillo que él se encargase de ese trabajo.

— Siento mucho, pero me es imposible.

— Sí, que sea él, dijeron todos, que sea él.

— Yo se lo suplico, Pepillo, volvió a decir Refugio.

Pepillo lo había dicho ya: cuando manda Refugio!....pues no queda más remedio que obedecer; y así fué que por complacerla, pidió que le acercaran el azafate y comenzó la tarea hundiendo el cuchillo y el tenedor en la humeante pechuga del ave.

La suerte de Pepillo estaba escrita: había de ser desgraciado aquella noche.

Cuando más empeñado estaba en desprender un ala del ave, al tirar con fuerza, rompió la piel, se desprendió el ala y volaron infinidad de partículas de carne y otros guisantes en todas direcciones. Una *pasa* quedó pegada a la pechera de una elegante camisa blanca; una aceituna hizo salir de su sitio las gafas de un vejete y un garbanzo trató de introducirse en un ojo del militar, cómplice de tantos desaguisados. Aquello fué una confusión, todos se levantaron y doña Sofía, sin poderse contener, lanzóse sobre el infeliz Pepillo, quien se encontraba próximo a un segundo pa-

roxismo, y agarrándole por la nuca le inclinó sobre el azafate y le embadurnó todo con el guiso de que estaba relleno el ave.

El militar juró cambiar una bala por el garbanzo que le envió su rival y el de las gafas manifestó desagrado, pues le costaban muy caras y un vidrio se había roto.

Pepillo quedó hecho un monstruo, de lo cual no se dió cuenta, debido a su enfermedad repentina.

Refugio reía a mandíbula batiente, viéndole en la traza en que le dejó la cólera de doña Sofía.

Don Nicomedes llevose a su cuarto a Pepillo con promesa formal de que al día siguiente castigaría severamente a Refugio por su conducta reprochable.

Los concurrentes presididos por doña Sofía continuaron la cena haciendo chiste del último percance del pobre Pepillo y brindando por su pronto restablecimiento.

EL QUE A HIERRO MATA A HIERRO MUERE

I

RECUERDO muy bien cuando de muchacho, solicitaba permiso de mis padres para ir a oír los conciertos que nuestra célebre Banda de Altos Poderes solía dar en el único paseo público que había en San Salvador en aquél entonces, el Parque Central, que hoy se llama Parque Bolívar. Ya no existen las glorietas en que íbamos a sentarnos dos o tres compañeros de estudio, para comunicarnos nuestras impresiones del día, al par que escuchábamos, con deleite, las magistrales ejecuciones dirigidas por el maestro Drews.

El señor Liberato, viejo de casta, para nosotros, desconocida, llegaba siempre a la glorieta que ocupábamos con objeto de oír, en nuestra

compañía, el concierto; y entre chanzas y agudezas, pasábamos agradablemente el rato. Algunas veces nos contaba algún pasaje de su vida o algún cuento propio para hacernos reír.

Es de advertir que el señor Liberato era contrahecho, delgado y bajo de estatura, su fisonomía era de esas que a la simple vista causan hilaridad, y su conjunto débil, raquítico y extravagante hacían de él un ente ridículo por demás; usaba chaqueta y pantalón de dril y llevaba invariablemente y como pegada a la cabeza un gorro negro liso sobre el cual se calaba el sombrero de fieltro negro también.

Su carácter era apacible, ameno y decidor, pero algunas veces solía estar malhumorado y no admitía bromas de ninguna especie, contentándose con oír solamente nuestras pláticas sin contestar nuestras indirectas; afortunadamente aquellos ratos eran cortos; y, ya sea porque nuestra compañía le gustara o porque así fuera su temperamento, pronto volvía a su estado normal y acababa por dirigirnos bromas y chanzas que celebrábamos a mandíbula batiente.

Nosotros le teníamos cariño y respeto, pues aunque parezca impropio alabarnos, éramos lo mejorcito del

Colegio en punto a educación moral, gracias, sin duda, a la influencia educativa de nuestros padres y a los severos castigos de nuestros maestros. Pues bien, todos queríamos al señor Liberato y por más que él nos diese lugar, jamás faltamos al respeto que nos merecía ni nunca nos atrevimos a investigarsobre su linaje, ni su modo de vivir. Esto indudablemente le agradaba mucho, porque siempre buscó nuestra compañía «*para digerir el lomo de agujas*» como él decía, y no vayan ustedes a creer que eso comía; no; ¡qué iba a poder comer eso el infeliz! si apenas, según su decir, le alcanzaba para los *conocidos* como dió en llamar a los frijoles negros.

Una noche de tantas, estábamos reunidos los tres compañeros de siempre comentando la ausencia del señor Liberato, pues ya habían pasado dos conciertos sin que él apareciese por el lugar.

— ¿Estará enfermo? decía uno de los amigos.

— ¿O estará ausente?, decía otro.

— Me inclino a creer que está enfermo, les dije, porque el señor Liberato nos hubiera dicho la última noche que estuvimos juntos, que estaría de viaje y que no le esperásemos; pero, en fin, es de sentirse que no sepamos donde vive porque en-

tonces iríamos a visitarle y a saber de fijo qué le sucede.

—Ciertamente, articuló el primero, podríamos ir a consolarle si es que le acontece alguna desgracia.

—Nos informaremos mañana, dijo otro, y si el próximo día de concierto (en aquella época únicamente se daban conciertos los días martes, jueves, sábado y domingo) no viene, en vez de quedarnos aquí, propongo que lo vayamos a ver.

—Convenido, dijimos todos, que cada cual trate de informarse y pasado mañana, a visitar al señor Liberato si no viene.

—Con esto nos despedimos y cada uno se fue pensando qué podría haberle sucedido a nuestro hombre, haciéndose notar con ello la pena que nos causaba su no concurrencia al lugar de costumbre.

Por mi parte sé decirles a ustedes que en aquella noche no dormí, imaginándome ver tendido el cadáver del pobre viejo, en medio de las cuatro veladoras; hasta veía las caras mustias y dolientes de dos o tres vecinas que, con rosario en mano, mascullaban oraciones, entre lágrimas y suspiros, por el alivio y descanso del alma de aquel infortunado sér. Aquella noche fue atroz para mí, ni un momento se borró de mi men-

te la ridícula imagen de nuestro hombre.

A la mañana siguiente, después de mis quehaceres matutinos y de repasar un poco las lecciones del día, fuime a casa de un viejo zapatero remendón, donde algunas veces había visto al señor Liberato.

—Muy buenos días maestro.

—Buenos, hijo, ¿qué se te ofrece?, ¿qué de bueno te trae por acá?, me contestó, poniendo en orden sus utencilios.

—Nada bueno, todo lo contrario, o mejor dicho quizá algo malo.

—¡Cómo! ¿qué dices?

—Una preguntita.

—Vamos, échala, a ver si la podemos contestar.

—¿Sabe Ud. donde vive el señor Liberato?

—¿El jorobado?

—El mismo.

—Hombre, lo que es eso, mira, voy a decirte la verdad, él vivía en casa de . . . . . ¡ah!, pero ahora recuerdo que de allí le sacaron porque nunca pagaba los alquileres, y así debe haber sido, porque a mí me adeuda hasta la fecha, cuatro reales de la postura de un par de tapas en los tacones de los zapatos que andaba llevando la Semana Santa del año en que se quemó el Palacio Nacional, tú debes recordar eso . . . .

—No, ¡qué voy a recordar!

—Cómo, lo del incendio del Palacio?

—¡Ah! eso sí.

—Pues de eso te hablo, del incendio del Palacio Nacional, ¡qué horroroso aquello! ¡Cómo se veía que las llamas se elevaban al cielo, tocaban en él y aún se doblaban!

—Pero bien, nunca me dijo Ud. donde vive el señor Liberato. Eso es lo que a mí me interesa.

—A eso iba, es decir a decirte que, a punto fijo no lo sé, desde que le echaron de la casa última en que vivía por no pagar. . . .

—Bueno, bueno, gracias por la noticia, adiós.

—No hay de qué hombre, adiós y cuando quieras renovar los tacones de esos zapatos que ya están muy gastados, ven que en cinco minutos estará ganado el *tostón.*

Al día siguiente, por la noche, solicité, como de costumbre, el permiso de mis padres y me largué al Parque; ya estaban allí mis compañeros de siempre, sentados en una de las glorietas.

—¿Qué tal? me dijeron al verme llegar.

—Mal, ninguna noticia favorable les traigo; y ustedes han descubierto algo?

— Nada, absolutamente nada.

— El pobre señor Liberato ha desaparecido como por arte de encantamiento, nadie da razón de él!

— Se me ocurre una idea — dijo uno — ¿podrá estar en el hospital?

—¡Hombre, sí! puede que esté allí, contestó otro, yo no me informé a ese respecto.

— Ni yo.

— Ni yo.

— Ni yo tampoco, dije.

— Pues entonces, si les parece, iremos mañana al hospital para desengañarnos, dijo el primero que habló, y si allí lo encontramos haremos que por nuestra cuenta lo trasladen a la sala de pensiones, costeando nosotros los demás gastos. . . . .

— Gracias—amigos míos— de corazón les agradezco sus buenas intenciones, pero no hay ahora necesidad de que pongais en práctica vuestros generosos sentimientos, dijo el señor Liberato entrando en la glorieta, — sospecho la inquietud que habréis tenido, mas ya pasó todo, tres o cuatro días de ausencia y nada más.

Ya se podrá calcular cual sería nuestra admiración y extrañeza al ver frente a frente de nosotros al señor Liberato que lo creíamos moribundo en una camilla de la sala común del Hospital.

— Pero, ¿se podrá saber cuál es la causa de esos tres o cuatro días de ausencia?

— Para ustedes no tengo o mejor dicho, de hoy en adelante no tendré secreto alguno, desde que por la conversación que he sorprendido entre ustedes, he descubierto que cada uno de vosotros guardais un corazón generoso en que se anidan los sentimientos más puros y elevados, y tratándose de mi humilde persona, que ningún favor les merece, habeis demostrado una solicitud digna de encomio. Así, pues, han de saber ustedes que cuando llegué a mi cuchitril, después de estar la última noche en vuestra compañía, recibí noticias de una persona de quien guardo recuerdos de esos que verdaderamente son imperecederos, imborrables y que por lo mismo, son fáciles de comprobar como yo lo hago hoy con ustedes ; vean, dijo, y se descubrió la cabeza quitándose aquel sempiterno gorro negro que llevaba como pegado a la piel.

Todos notamos en la cabeza una enorme cicatriz blanca que le abarcaba todo el cráneo. Un solo cabello no se veía en aquella piel arrugada y llena de prominencias que semejaba un mapa en alto relieve con sus ríos y sus colinas, pero con fondo blanco.

Después de un momento de observación, a la luz del foco eléctrico más próximo, el señor Liberato volvió a colocarse el gorro negro y calándose el sombrero de fieltro también negro, nos miró como interrogándonos sobre lo que habíamos visto.

—Observo en ustedes, nos dijo, curiosidad por saber el origen de lo que han visto, ¿no es verdad?

—Pero si no se puede saber señor Liberato, cálleselo y no nos diga nunca nada, que nosotros sabremos respetar su silencio, dijo uno de nosotros.

—No, señores, todo lo contrario, ya no hay necesidad de que yo siga guardando mi secreto, que por otra parte, sólo a mí me interesa, pues como lo sabrán ustedes en seguida, puedo contarlo aunque a la verdad; pienso no contarlo, a otra persona. Sólo ustedes serán los únicos depositarios de esta triste y verídica historia, y desde luego les suplico que cuando yo muera, cualquiera de ustedes se digne publicar en letra de molde, lo que hoy van a escuchar, para que sirva de lección moral a cuantos incautos puedan encontrarse en el caso mío.

—Oiremos con atención su relato y procuraremos guardarlo fielmente en nuestra memoria para dar cumplimiento a sus deseos cuando la oca-

sión se presente, le dijimos, notando en él cierto recogimiento como para reconcentrar en su mente todos los detalles de la historia que nos iba a contar.

II

Allá por el año de 18 . . . era yo muy joven, continuó el señor Liberato, contaba apenas diez y seis años de edad y como, por desgracia, la naturaleza caprichosa siempre en sus designios, hizo de mi persona un ente ridículo los muchachos de mi pueblo hacían irrisión de mí, convirtiéndome, chicos y grandes, en el hazmerreír de aquel lugar por mi figura extravagante.

Para mayor desgracia, perdí a mi madre al tiempo de nacerme y mi padre pereció en una de tantas guerras intestinas que diezman a este generoso pueblo. Cuando mi padre se fué a la campaña de donde jamás volvió, me dejó recomendado a una tía mía, prima hermana en segundo grado de mi padre; en aquella época era yo todavía un rapazuelo débil y enfermizo. En el poder de mi tía crecí, asistí a la escuela del lugar y entre chanzas, burlas y golpes de mis demás compañeros, logré aprender a leer y escribir en término de tres o

cuatro años, al cabo de los cuales, mi tía resolvió retirarme de la escuela y dedicarme del todo a los quehaceres de la casa. En ese estado de vida, me sorprendió la juventud con todas sus dulzuras, sus encantos, sus sueños dorados y sus ilusiones y esperanzas; a veces me olvidaba de la configuración de mi cuerpo, de mi fealdad y me consideraba un Adonis adorado de todas las muchachas del pueblo; pero cuando por alguna circustancia recordaba quien era, se apoderaba de mí una tristeza tal, que todo mi sér se conmovía invadiendome una postración de la que sólo me venía a sacar el recuerdo de una sonrisa o de una mirada de Inés.

Porque han de estar ustedes que en el tiempo en que yo crecía, tambien crecía Inés, la muchacha más linda y seductora de aquel rincón de nuestra querida Patria. Inés era hija de una destazadora de puercos, que vivía orgullosa de tener una hija que a juicio de todos era todo un portento de belleza; pero la muy ladina ignoraba o aparentaba ignorar que Inés también era todo un portento de maldad, porque sí, amigos míos, mala, muy mala era la tal Inés; como coqueta, orgullosa, presumida y voluntariosa, no había otra en mi pueblo, pero en viéndola, olvidábamos sus con-

diciones morales para inclinar la cerviz en señal de admiración. Era un angel con corazón de hiena.

Por ella se habían matado tres o cuatro paisanos, por ella se presenciaban en el pueblo grandes escándalos en los cuales salían a relucir enormes y afilados machetes, las intrigas, los chismes, todo partía de Inés; sin embargo, ella era tenida como un ángel de bondad y belleza, porque la muy pícara se cuidaba de mantener en el ánimo de las gentes, la creencia de que ella era inocente de tantas desgracias.

—¿Qué culpa tiene mi hija, decía la madre, de haber nacido tan hermosa?

A los diez y sies años, mi corazón latió a impulsos de una pasión extraña para mí; bien pronto comprendí que había caído en los lazos del amor, amor que forzosamente debía de ser funesto para mí, toda vez que ningún atractivo tenía que pudiera favorecerme. Ya comprenderéis que Inés fué la culpable de haber sentido en mi sér las primeras palpitaciones amorosas y ¡pobre de mí! feo, jorobado y sin bienes de fortuna, careciendo hasta lo más indispensable ¿cómo atreverme a hablar a Inés de mi amor? ¿cómo explicarle esa sublime pasión que abrazaba todo mi sér? ¿cómo admitir que ella pudiera llegar a que-

rerme? ¿con qué dinero poder empañar siquiera, mi defectuoso continente personal y hacer que, apartando vanos escrúpulos, aceptase mi amor? Nada, el silencio había de ser mi consigna si no quería que el objeto de mi amor ofendiese mi dignidad con una de sus carcajadas francas e irónicas cuando yo, tímido y respetuoso, la declarase la inmensa pasión que ella, con sus gracias personales había hecho surgir en mi corazón joven y soñador.

Mi amor creció veloz como crecen las avalanchas, con la sola diferencia de que en este caso el alud era de fuego en vez de nieve.

Olvidé por completo lo peligrosa que era Inés; y en virtud de la pasión que por ella me consumía, sólo vi en su persona una necesidad imperiosa de mi vida; por donde ella iba, allí iba yo, cuantas salidas daba ella a cualquier parte, la seguía yo, devorándola con mis miradas ardientes, apasionadas. Mi ceguedad era tal, que ni siquiera me daba cuenta de si ella se apercibía o no de mis constantes acechos y seguimientos.

Un domingo me apoderé de un sitio visible cerca del portón de la Iglesia del pueblo con objeto de ver salir de misa a Inés que con aparente devoción oraba al pie del altar mayor. Las campanas repicaron alegremente, el Cura

dijo vuelto hacia el pueblo: «ITE, MISSA EST» y los feligreses comenzaron a desfilar por enfrente de mí, que estaba arrimado a la pared con la vista fija en Inés que venía en dirección de la salida principal. Como la aglomeración de la gente era grande, tuve tiempo de arreglar mi pobre indumentaria y con un pedazo de pañuelo limpiar, de mi frente, el sudor helado.

A tiempo de pasar cerca de mí, Inés me lanzó una mirada tal, y se sonrió de cierto modo, que me sentí desfallecer. Oí que dijo con dulcísima voz, quedo, muy quedo, como para que sólo yo lo oyese.

—¡Adios, Liberato mío!

Ese «adios, Liberato mío» fué mi perdición.

Todo yo era un solo temblor, mi mente se ofuscó y en tanto que ella con paso majestuoso, caminaba hacia su casa, yo triste y alegre, con lágrimas en los ojos y alegría en el corazón, me arrodillé ante la imagen de Cristo y oré, por espacio de largo tiempo. Cuando me levanté de aquel sitio era muy tarde, mas no sentía hambre ni sed, porque el recuerdo de aquella dulce voz que había oído, alimentaba mi sér.

—Será posible, me decía a medida que iba andando, será posible que

Inés haya descubierto esta pasión inmensa que por ella siento, y más aún será posible que ella me a.... ¡ah! no Liberato, eso no debes ni pensarlo, Inés no te amará jamás!, y entonces ¿por qué dijo: Liberato mío?..... ¡Ah! es verdad, yo soy de ella en cuerpo y alma, pero ella de mí.....ni un átomo; así, así es la verdad, infeliz de mí! ¡qué de ilusiones te habéis hecho en un momento de extravío pasional! ¡Cuántas esperanzas habéis alimentado Inés de mi alma, con tres palabras que pudieran encerrar todo un poema de amor y de dicha! pero que para mí, no son, no pueden ser más que un verdadero suplicio, porque ellas sólo pueden contener un caudal de burlas y desprecios.

En medio de estas tristes reflexiones, llegué a casa de mi tía, que me riñó por vago, mal entretenido y ocioso.

—Tú acabarás en el presidio, me dijo enfurecida, porque nada quieres hacer, nada quieres aprender y pierdes el tiempo en inútiles vagancias.

Sin decirla una palabra tome una hacha y comencé a rajar un tronco de árbol para hacer leña; pero me parecía que cada golpe que yo daba en el tronco, era dado por Inés en mi pobre corazón. Me fué imposible seguir el oficio, lancé lejos de mí el arma y saliendo por donde había en-

trado, enderecé mis pasos sin darme cuenta de ello, hácia el sitio donde estaba la casa que habitaba Inés.

A poco de andar la columbré. Llevaba la misma dirección, apresuré el paso y logré alcanzarla.

—Adiós Inés, la dije con temblorosa voz.

—Adiós Liberato, me contestó volviéndose hacia mí, ¿para dónde vas?

—Pues.....a la verdad...i...ba,...no,... venía,.....es decir.....la ví.....venir y resolví alcanzarla.....y.....

—Si ya veo que me alcanzastes, pero no comprendo por qué hablas así, como si te faltara saliva en la boca o como si fueras tartamudo, vamos dime ¿qué te pasa?

—Pu...es...nada que....que...yo...

—Que yo te amo, ¿no es eso?

—.....Sí!

—Pues bien, eso ya lo sabía yo.

—Y quien se.....se lo dijo?

—Tus ojos, Liberato, tu semblante, todo tu sér, menos la lengua, me lo ha estado diciendo desde hace varios días, que me quieres, que me amas con el alma,que por mí darías hasta la vida, ¿no es esto verdad?, dijo Inés pensando indudablemente en su interior; ¡qué cargante y qué pesado es este mostrenco!; pero en el estado en que yo me encontraba no era para admitir esas reflexiones; y así, sólo me

dejé llevar del entusiasmo y la contesté con voz arrogante y fuerte.

—Cierto, ciertísimo Inés, yo la amo ardientemente, y por obtener los favores de usted sería capaz de todo!

—¿De todo?

—¡De todo!

—Bien, ahora dime ¿por qué no tartamudeas como al principio?

—¡Ah! porque todo al principio es difícil y en esta materia es mucho más difícil el principio cuando no se tiene costumbre.

—Ahora separémonos y a la noche no dejes de venir temprano a verme, que tengo algo que decirte.

Y dándome una mirada de pasión se introdujo a su casa, dejándome extasiado pensando en lo ocurrido y en la cita que ella, que ella, lo oyen ustedes bien, que ella me había dado....

Rebosando por todas partes la dicha, regresé a casa, soporté con la paciencia de un bendito la andanada de improperios que me dijo mi tía al verme llegar, y aguanté con resignación una muy nutrida paliza que en el colmo de su furia me propinó; todo eso era nada comparado con la ventura que iba tener por la noche.

Tan pronto como oscureció, me lancé a la calle y de dos zancasos me planté al pie de un frondoso amate, a un lado del solar de la madre de

Inés; allí podía verme fácilmente al salir al patio, como en efecto sucedió a poco tiempo. Ella, al verme, corrió al lugar donde estaba yo y me dijo:

—Súbete pronto al amate antes que llegue a verte mi madre.

No fué necesario repetir el encargo, en un santiamén me puse a horcajadas sobre una de las ramas bajas. Inés se arrimó al tronco del árbol y en esta forma, dimos principio a una conversación sazonada con suspiros y promesas de amor de mi parte, que para ustedes resultaría empalagosa e insulsa, por lo cual he resuelto pasar en silencio ese detalle, solamente les diré que hubo momentos en que sentí venirme al suelo, al escuchar palabras dulces de aquella boca angelical.

—Ves aquel rancho viejo de paja con paredes de hojas secas que está al fondo del solar? me dijo ella.

—Sí, lo distingo perfectamente.

—Allí guarda el maíz mi madre, está solo, es decir nadie duerme en él y si tú te llegas mañana como a las doce de la noche, me hallarás dentro, estaremos un rato solos ¡y.....no me pidas más! ¿quieres?

—¡Que si quiero! ¿pues no lo había de querer? volveré mañana con toda seguridad.

—Entonces te recomiendo mucho, que no empujes la puerta de entrada

porque esa la cierra mi madre y si al día siguiente no la encuentra como la deja, de seguro me riñe; entra por el hueco que hay a la parte trasera del rancho, allí estaré esperándote con los brazos abiertos, amor mío!

—Me parece muy justa la observación, pierde cuidado que obraré conforme tus indicaciones.

—Adiós, pues, hasta mañana por la noche, verdad?

—Si, ángel mío, mañana a la hora indicada estaré ofrendándote mi corazón radiante de amor y de dicha.

Ella me lanzó un beso apuñando los dedos y se fué dando brinquitos, sonriente y alegre.

Palpitante de emoción, descendí del árbol y me fui a casa meditando sobre lo ocurrido.

Me parecía aquello un sueño, jamás hubiera creído tanta dicha, tanta ventura.

—Será un capricho de Inés? me decía, porque las mujeres son como la fortuna muy caprichosas; en todo caso, es lo cierto que yo soy feliz a pesar de mi triste condición.

El día siguiente lo pasé sin novedad, no salí de casa y por la noche muy temprano me acosté, obligando a mi tía, con ello, a que se inquietase por mi salud, acabando por preguntarme:

—¿Qué te pasa, estás enfermo?

—Más sano que nunca, la contesté, puede usted acostarse y roncar sin cuidado hasta el amanecer.

No se habló más, ella se acostó, apagó la lumbre y muy pronto comenzó a roncar, signo seguro de que estaba profundamente dormida, esperé que llegase la hora convenida y cuando juzgué oportuno me levanté con mucho tiento y abriendo con cuidado la puerta me lancé al lugar de la cita.

—¡Cuán desesperada debe estar mi encantadora Inés! me decía a mí mismo, caminando a buen paso. Pronto llegaré y la he de resarcir de su espera con un prolongado y amoroso abrazo, andemos Liberato, que no es poca la dicha que te espera!

La casa de la madre de Inés no tenía tapiales, la circundaba un cerco de matas de piña que los cerdos habían estropeado, a grado de poderse introducir fácilmente: así lo hice y sin pérdida de tiempo, me dirigí al rancho de paja, busqué el hueco y lo encontré demasiado pequeño para poder colarme por él, pero la idea de que Inés me esperaba y que ella también se había introducido por allí, hizo decidirme, y, poniéndome en cuatro pies, comencé por introducir la cabeza. A poco, una conmoción violenta extremeció todo mi cuerpo y sentí como que mis sesos caían en una pila

de hielo, al propio tiempo escuché un gruñido ronco muy próximo a mí y... ¡una carcajada a larga distancia! Me desmayé en virtud de un segundo atentado contra mi cabeza, más violento y más horroroso; de lo que pasó en seguida, no les doy cuenta.

Cuando recobré el uso de la razón, me encontré tendido en mi propia cama con la cabeza vendada y mi ropa ensangrentada. Agudísimos dolores me atormentaban y mi tía, entre furiosa y afligida, me prodigaba los cuidados que su pobre inteligencia le dictaba. Cuando le hubo pasado la cólera, me contó que la madre de Inés le había mandado aviso de que yo había intentado robarle el maíz, pero que la perra que dormía dentro de la choza y que, para desgracia mía, estaba recién parida, se había lanzado furiosa sobre mí haciendo destrozos en mi cabeza, que por esa circunstancia estaba medio muerto tendido en el lugar del suceso.

Naturalmente mi tía, voló a ver lo que había pasado y con ayuda de unos vecinos que a la novedad ocurrieron, armados de sendos garrotes, me trasladaron a casa; ocho días permanecí sufriendo cruelmente a consecuencia de las tremendas heridas que me infirió la perra; pero mucho más, me hizo sufrir la idea de que yo, apar-

te de haber sido burlado de la manera más vil y cruel, fuese considerado en el pueblo como un ladrón ratero.

Desde luego supondréis y con ello estaréis en la verdad, que todo aquel inmenso amor que sentí por aquella infernal criatura, se enfrió de golpe, y aunque no sentí odio por ella, sí sentí la misma repugnancia que se siente en presencia de una víbora.

Por supuesto, que nadie hubiera creído la verdadera historia de lo ocurrido si yo la hubiera tratado de divulgar y por eso acepté, resignado, aún en contra de mi reputación, el dicho de la madre de Inés. Esta por su parte, le importó un bledo mi triste situación y hasta tuvo la avilantez de asegurar como su madre, que el único culpable era yo mismo por haber tratado de robar el maíz.

Mis labios jamás se desplegaron para lanzar un improperio contra aquella mujer por el engaño vil de que me hizo juguete.

Como las heridas no cicatrizaban del todo, se me aconsejó que viniese a San Salvador y que me presentase en el Hospital; así lo hice y un día muy temprano de la mañana abandoné para siempre aquel lugar en donde quedaban enterradas mis ilusiones muertas, mis esperanzas juveniles, en donde muy tierno aún, sufrí el más

terrible golpe preparado por la mano de la mujer primera y última que en mi vida he amado. — Cuando había dejado tras de mí tres o cuatro leguas, respiré ampliamente y me consideré con nueva vida.

Al llegar a San Salvador me pareció que aún era muy niño, apesar de haber envejecido pronto, en pocos días, allá en mi pueblo natal; ingresé al Hospital y allí permanecí durante unos meses en curación para venir a quedar con la cabeza como la habéis visto, es decir con un defecto más, agregado a los muchos que la naturaleza me otorgó.

Las Hermanas de la Caridad se compadecieron de mí, al ver mi extravagante figura y lograron conseguir para mi un puesto de barrendero en el Hospital. — Mi vejez y sobre todo, el cambio operado en el régimen interior del Establecimiento, me obligó a salir de él y ahora paso de la caridad pública, cuando no es posible ganarme la vida haciendo mandados o cumpliendo encargos fáciles y de ninguna responsabilidad.

III

—Y de Inés qué nos cuenta? nos atrevimos a preguntarle después de un rato de profundas meditaciones.

—Inés, amigos mios, siguió siendo la misma, a todos atendía, a todos les daba esperanzas que se convertían en calabazas, es decir siguió jugando con el corazón de los hombres que tenían la desgracia de enamorarse de ella; pasaron los años y desligado por completo de aquel pueblo con la muerte de mi tía, jamás volví a saber nada de aquel rincón.

Hace cuatro días como les dije al principio, cuando llegué a mi morada me encontré con una persona recién venida del pueblo y haciendo recuerdos me contó que Inés por fin encontró, como dicen, la horma de su zapato, siendo engañada por un individuo que la dejó en la miseria, porque la madre había muerto, y todo el haber que la dejó al morir, fué tristemente derrochado por aquel hombre.

No quisiera contarles el epílogo de esta triste historia; pero ello se hace necesario para dejarla completa; y, en esa virtud, les diré lo que el paisano me contó y que me ha hecho sufrir en estos cuatro días que he estado ausente.

Un perro rabioso acometió con furia a Inés en una de las callejas del pueblo, y a los tres años justos murió en un estado lamentable atacada de hidrofobia, lo cual me obligó a hacer esta reflexión: «EL QUE A HIERRO MATA A HIERRO MUERE.»

EL NÚMERO FATÍDICO

HOLA Chepe! ¿qué tal te va?

—Mal, muy mal, malísimo, casi estoy por decir que si así sigo, un día u otro, desaparezco como por encanto, sin necesidad de cianuro, ni láudano, ni puñal, ni plomo, ni....

—Ni etc., pero bien, y el empleo que tienes....? ¿no dicen que ganas ochenta duros contantes y sonantes, uno sobre de otro, de pura plata?.....

—Qué, hombre!, no digas desatinos ni ofendas más con tu sarcasmo mi triste situación; yo soy un desgraciado que llevo la muerte en el alma desde que nací y no podré encontrar jamás venturanza alguna. ¡Ochenta duros!; ¡ah! y qué bien deben sonar ochenta duros! ya no tengo ni la idea de lo que es semejante cantidad. Oye tú, Samuel, hace mucho tiempo que no tengo el gusto de ver en mis manos ni cinco pesos reunidos; eso sí,

tengo más deudas que pelos en la cabeza y eso que con mi vida de bohemio, estoy quedando calvo. Ya casi no hay calle en San Salvador en donde no tenga un acreedor. Hoy, con un valor espartano y sin detener el paso, he llegado aquí, en donde me ves, es decir, en el centro de la ciudad, porque de aquí está cerca el Palacio Nacional, no es verdad?; pues bien, si tú no me detienes más, sigo mi camino rumbo al Mercado. Ya vienen cerca las doce del día y quiero comer algo, mis pobres tripas tienen dos días de ayuno y casi tengo la seguridad de que he olvidado la manera de masticar. Te diré, antes de ayer por la mañana tomé una tasa de *chucuatol* con que me obsequiaron allá por la salida de Soyapango y no he vuelto a probar bocado, digo, bocado hace más que no saboreo, ¡ah! pero allá columbro un *chío*. Adios, Samuel, hasta el valle de Josaphat!

José emprendió el camino hacia el Mercado grande, dejando a Samuel en busca del presunto acreedor. Dejemos a Samuel y sigamos a José; pues éste es el personaje que nos interesa, para conocer de cerca al tipo de la desgracia.

José era hijo de un inculto labrador originario de Panchimalco y de

una pobre mujer que ganaba su sustento trabajando como molendera en una finca de caña, camino de Tonacatepeque. Isidro, hombre fuerte, trabajador y honrado, entró al servicio de la misma finca, según referencias; allí conoció a Ruperta, muchacha rolliza, joven y llena de vigor. Se enamoraron y a la buena de Dios, sin mediar formalidad alguna, como no sea la palabra de honor, resolvieron juntarse o más bien dicho, vivir juntos en buena armonía. Isidro era alto, fornido, de color trigueño oscuro, pelo negro y cerdoso, tenía en la frente un lunar rojo, también oscuro, en forma de disco, casi del tamaño de un medio real, tenía un carácter apacible y manso, era de esos hombres que difícilmente se encolerizan; pero que cuando llegan a sentir cólera ésta es de tal naturaleza, que se vuelve temeraria; en cambio, tenía la costumbre de ser serio y de poco hablar. Cuando conoció a Ruperta le habló en pocos términos y sin rodeos; aquella aceptó y ambos se dispusieron a vivir en santa paz. Ruperta, por su parte, era una mujer como todas las campesinas, con las mismas costumbres y sus mismos hábitos. En cuanto a su fisonomía, más bien parecía ladina que india, y sin dejar de ser fea tenía sus puntillos de gracia.

Al primer año de contubernio, Isidro y Ruperta tuvieron un hijo, el que vino a constituir la alegría de aquellos sencillos moradores; el nene trajo la seña particular de su padre, el lunar en la frente, por lo que todos los vecinos de la finca pronosticaban a su gusto, en presencia de aquella casualidad.

Isidro preocupado por la educación de su hijo, pues aunque rústico, comprendía la necesidad de que su hijo supiera, por lo menos, leer y escribir para no ser engañado a costa de su ignorancia, resolvió dejar la finca, y un día de verano, en el mes de diciembre, se trasladó al vecino pueblo de Soyapango, en compañía de su fiel Ruperta y su pequeño vástago. En el pueblo logró sentar plaza en la guarnición y con el miserable sueldo que recibía Isidro, pasaban la vida como buenamente podían, dando tregua al chico para que ingresara, en mayor edad, a la escuela primaria del pueblo.

Transcurridos dos años de servicio, Isidro pidió la baja, fundando su petición en una enfermedad contraída en el servicio y que según la opinión del facultativo que le examinó, era grave y requería cuidados más serios y solícitos.

Las circunstancias pecuniarias de Isidro no eran tan boyantes, ya se

puede suponer; pero al dejar la guarnición, recibió veintidós pesos cuatro reales de masita y con esa gran fortuna abandonaron: él, su mujer y su hijo, el pueblo de Soyapango, y una mañana del mes de enero de 18.. ingresó al Hospital con la esperanza de recuperar su salud quebrantada.

Ruperta logró conseguir ocupación de cocinera en casa de una familia poco acomodada, en donde le daban permiso para ir a ver a Isidro todos los domingos. Es osioso decir que el pequeño José quedó en poder de la madre, quien logró hacer que ingresara al Hospicio, para que recibiera gratuita la instrucción.

Así las cosas, Isidro logró recuperar su salud perdida después de largos diez meses de permanencia en el Hospital. Al salir de aquel asilo de caridad y mediante recomendaciones que se procuró, obtuvo un puesto de policial de línea, con la placa número 13 que estaba vacante, por haber salido de baja el que la portaba.

José crecía velozmente, asistía a la Escuela atemorizado por las amenazas paternales, pues Isidro, como buen padre, procuraba no descuidarse de él y siempre que tenía tiempo, vigilaba sus acciones; pero como por desgracia José vivía al lado de Ruperta y conocida es ya, la incompe-

tencia de las madres para educar a los varones, máxime cuando ellas son ignorantes como Ruperta, y los hijos de carácter indomable como el de José, éste fue creciendo con libertad absoluta, sin tener coto en sus actos sino cuando Ruperta, cansada de sufrirlo, ponía en conocimiento de Isidro los malos portes de José.

Isidro, hombre prudente y honrado, se ganó en muy poco tiempo las simpatías de sus jefes y compañeros y era querido por todos; mas el hada inclemente que es y ha sido siempre la inseparable compañera del pobre, dispuso cortar de golpe aquella existencia.

Un domingo se suscitó una contienda entre dos individuos que, por el camino de Monserrate, se dirigían a sus casas después de haber estado libando el dulce néctar de la verde caña en una cantina de los suburbios del barrio de Candelaria; la pendencia tomó caracteres alarmantes, pues a las palabras se sucedieron los hechos y los vecinos comenzaron a presenciar involuntariamente la destreza con que manejaban aquellos desalmados sendos machetes, y al propio tiempo comenzaron a dar voces llamando a los policiales.

Isidro, que por su mala estrella estaba de turno por aquellos andurria-

les, corrió a la voz de alarma y presto llegó al lugar de la contienda, pero los pendencieros, aparentando abandonar todo encono entre sí, se lanzaron, uno de ellos a la fuga y el otro sobre el pobre Isidro, quien, sin tener tiempo para santiguarse, recibió un tremendo machetazo en la sien derecha, que le derribó. En seguida, el mismo criminal, fijándose por un instante en el número de la placa y en el distintivo peculiar de Isidro, le asestó con fuerza un segundo golpe en la cabeza, que partiéndole el cráneo saltó fuera parte de la masa encefálica. Todo esto ocurrió en un segundo; los vecinos despavoridos huyeron al interior de sus casuchas dando lugar a que el criminal hiciera otro tanto, sin gran trabajo, por entre los matorrales inmediatos.

Isidro fue enterrado al día siguiente y Ruperta en tan desgraciado trance, hecha un mar de lágrimas, sufrió un ataque, del cual milagrosamente se salvó, es decir, por el momento, pues se anonadó tanto, que adquirió una enfermedad incurable que la llevó a la tumba después de seis meses de sufrimientos contínuos.

Cuando estos acontecimientos, José contaba doce años de edad y era el tipo perfecto de la insolencia. Los pocos conocimientos que adquirió en

el tiempo que frecuentó la escuela, le sirvieron para ser más astuto, suspicaz y temerario; sin embargo, la necesidad por un lado y el hecho de no haber cometido hasta entonces ningún delito grave que le empujara a otros, le hicieron buscar trabajo y entró a servir en casa de un abogado de poca clientela, pero de sumos elevados.

José logró, con alguna constancia, extraña, dada su índole, aprender a leer medianamente y a escribir con alguna corrección, gracias a los buenos oficios de su amo, quien, por otra parte, se empeñó en que José le fuese útil en su bufete, para no pagar escribiente.

Seis años largos trabajó en el bufete del *notable* jurisconsulto doctor don Sebastián Patraña, honra y prez del foro nacional en aquellos dorados tiempos, y vaya que eran dorados, porque los de hoy con todo y la civilización moderna y los adelantos alcanzados por nuestros hombres, son tiempos de lodo y polvo.

José abandonó el célebre bufete del insigne doctor Patraña por un empleo de escribiente en la Alcaldía, con treinta pesos al mes. ¡Qué dicha!, ¡qué contento!, treinta pesos cada último y libertad completa de acción, porque, dígase lo que se quiera, José

con todo y ser de índole y carácter como los que dejamos dicho, era sumiso y respetuoso con el doctor Patraña, quien por otra parte, le vivía cantando que gastaba un verdadero caudal en mantenerle limpio y comido por el miserable trabajo que desempeñaba; ¡cosas de don Sebastián! viejo verde y desconsiderado como avaro. El infeliz José comía una sola vez en el día y se mudaba cada quince días, conque de dónde resultaba semejante gasto con ese tren de vida? Así son las cosas, un pequeño favor suministrado por un sujeto de la índole de don Sebastián, era un inmenso servicio imposible de recompensar.

José, pues, pegó el grito de independencia tan pronto como logró conseguir, mediante la influencia de un enemigo y rival del doctor Patraña, el empleo que le dio vida soberana y libre.

Con regular letra y aunque con pésima ortografía, pudo José crear fama de buen escribiente en el tiempo que trabajó en la Alcaldía; en cuanto al sueldo, es por demás decir que treinta pesos le parecieron en el primer mes, una suma considerable.

—¿Qué hacer con tanto dinero?—se dijo—yo, que jamás he tenido en mi poder, cuando estuve bajo el yugo Patrañal ni tan siquiera ocho reales.

Pero los compañeros de oficina se encargaron de dar vuelta a los treinta pesos, comprando José con ese dinero, y por consejo de sus amigos, una vida licenciosa y desenfrenada. Carecía de parientes, pues aunque los tenía en grado lejano también vivían lejos de él, por manera que no tuvo quien le hiciera reflexiones y se entregó de lleno a los vicios, hasta que llegó la época en que, treinta pesos para él, eran más, mucho más, que insuficientes, para atender al sin número de compromisos adquiridos en todas las cantinas, tabernas y garitos; la costumbre de la bebida y el juego formó en él una segunda, o mejor dicho, su primera necesidad. Constantemente dormía sobre las sucias y hediondas baldosas de la mugrienta cárcel, en íntimo contacto con los diferentes individuos que a diario concurren a tan degradante sitio.

Con este sistema de vida claro está que tenía por fuerza que vivir cesante, y cesante no sólo de empleo sino de salud, honor, dinero y consideraciones.

Imaginaos, paciente lector, un individuo, de mirada vaga e insegura, como acusando miedo, las carnes temblorosas, el cabello sucio y desgreñado, los labios contrahechos, la lengua torpe para hablar, los dientes

en constante rechinamiento y la ropa mugrienta y andrajosa y ahí tendréis a José, a aquel muchacho indolente y soberbio, para quien nuestra sociedad no tuvo una mirada de lástima. ¡Cuánta utilidad se hubiera podido sacar de aquel sér infeliz y desgraciado, si los hombres de *buena voluntad* le hubieran apartado del sendero en que su infortunio le colocó! ¡Ah! pero por desgracia hacemos constante alarde de proteccionistas, de moralizadores, contamos con sociedades de caridad, y sin embargo, vemos día por día pulular a ciencia y paciencia, por nuestras calles, a un considerable número de seres desgraciados, unos saturados por completo de la esencia de los vicios y otros mendigando un pan porque en su juventud nadie se preocupó por enseñarle la manera de procurárselo.

Después de haber dado semejante rodeo, el que se hacía necesario para la mejor comprensión de nuestro relato, sigamos los pasos de José y no le abandonemos hasta el fin de sus tristes días.

Nuestro hombre llegó al Mercado y sin reparar en los ascos que su repugnante figura ocasionaba a la gente, entró al lugar en donde se expenden los víveres ya condimentados, contempló con indecible ansiedad

aquel sin número de humeantes marmitas llenas de, para él, apetitosas viandas, metióse las manos en los bolsillos como si supiera que había de encontrar en ellos alguna moneda con qué comprar algo de lo que tanto necesitaba su estómago vacío y hambriento; con paso inseguro vagó un rato, de puesto en puesto, sin encontrar un sér caritativo que le convidase a comer! ¿Y quién hubiera sido ese que, en viéndole su facha, le hubiera tomado por un necesitado? Claro está: todo el mundo le reputaba como un ratero o como un ebrio en estado *gomoso*.

José tuvo tentaciones de pedir un bocado, pero la lengua permaneció muda y torpe sin poder accionar; era todo ojos y estómago, y al fin cansado de sufrir lo indecible y comprendiendo que le era imposible hablar, extendió el brazo y con temblorosa mano agarró una tortilla de masa de maíz y ya se la llevaba a la boca cuando un soberbio garrotazo hizo volar la tortilla a tres varas de distancia, sin que él hubiera tenido tiempo de morderla. La vendedora, mujer despiadada, fue la que sin tomar en cuenta el estado del infeliz José le propinó tremendo golpe y le dejó más amedrentado de lo que ya estaba. La gente se aglomeró al rededor

de José y todos tenían para él un improperio. El agente de policía llegó, las mujeres hablaron en coro contra el ratero, y José, sin poder protestar, fue conducido a la prevención, sin más trámite que el consabido parte urdido a gusto y parecer del policial.

Cuando José compareció ante el Juez por milésima vez, aquel hombre austero y lleno de impiedad, le condenó a ocho días de arresto por presunciones de robo. El quinto día de su condena José amaneció junto de un individuo de mala catadura, en estado de excitación nerviosa, producida por el exceso de bebidas alcohólicas la tarde anterior. Ambos despertaron a un tiempo, y sin darse cuenta de quiénes eran ellos, se hablaron con tanta confianza como si hubieran sido viejos amigos.

El individuo en cuestión tendría poco más o menos unos cuarenta años de edad y a juzgar por su aspecto general, cualquiera hubiera dicho de él que era otro tipo de la maldad y la depravación. José no estaba para fijarse en fisonomías y desde luego entabló conversación con su nuevo conocido.

—Ayer no estabas aquí.

—Sí, anoche me capturaron ebrio, y sin darme cuenta del motivo, me en-

cuentro hoy a tu lado, eso sí, he sentido cierto malestar al verte, como si entre tú y yo mediaran antecedentes de mal género.—¿Quién eres?

—Un pobre diablo a quien llaman José Galvarino.

—No conozco ese apellido, pero en fin, ¿por qué culpa te tienen aquí?

—El parte dice así: «presunciones de robo», y es lo cierto que llevo de estar aquí cinco días y me faltan tres para salir.

—Yo tengo dinero, conmutaremos los que te faltan y hoy mismo nos iremos a tomar un trago a la salud de nuestra naciente amistad ¿quieres?

—¿Que sí quiero! pues no había de querer... y además, qué razón hay para rehusar semejante ofrecimiento? Lo acepto con gusto y sólo espero que suene la hora en que el Juez te llame a cuentas para que pagues tu multa y la mía, si es cierto que tienes dinero y...

—¡Cómo! ¿lo dudas? ayer atrapé, digo, conseguí cincuenta pesos, de los que habré gastado diez y debo tener a mi orden y en depósito cuarenta, pues no he dado más motivo que el de embriagarme y propinar un bofetón a un insolente, ¡ah! pero aquí me han traído al parecer tan ebrio que no recuerdo haber dado un paso;

y en ese caso, es probable que me hayan robado; en fin, allá veremos.

—Ojalá salga como tú deseas; y al salir a dónde iremos?

—Eso corre de mi cuenta, hoy eres mío y no debe preocuparte el camino, ni la hora, ni el día, ni lo que hemos de hacer.

A la hora de costumbre el Juez llamó a cuentas a cada reo y el individuo pagó la multa de José y la de él y ambos salieron, tomando el rumbo de la cantina más apartada de la ciudad, en dirección del vecino pueblo de Mejicanos.

—Señora, sírvanos un par de *blancas*, dijo el compañero de José entrando en la cantina.

—Nó, yo tomo *amargo*, articuló José.

—Pues pide gustos, hoy que estoy vivo y puedo serte útil.

—Ya lo creo que debo pedir gustos cuando tú ofreces pagar, pero sería conveniente saber con cuánto cuentas.

—Dices bien.

El compañero de José contó su dinero y resultaron veinticuatro pesos con algunos reales.

La cantinera sirvió lo pedido, ambos bebieron con delicia, pagaron y se retiraron camino de Mejicanos. Tan pronto como llegaron al vecino pueblo buscaron otra cantina, la más

apartada, y en buena armonía se pusieron a beber juntos.

De pronto José, poniéndose de pies con la copa en la mano y en el calor del entusiasmo producido por el licor, brindo—dijo—por este hermoso día en que he tenido la inmensa dicha de conocerte!

—Siéntate hombre, deja de majaderías, aquí no estamos para brindar, y a propósito, qué día es hoy, o mejor dicho, a qué tantos del mes estamos?

—Hoy estamos... a ver... sí, hoy es trece.

—¡Córcholis! trece hoy! y hoy te he conocido a tí a quien deseo...

Pero no, tú ignoras lo que por mí pasa y sólo sé decirte que siento en mi sér algo que me trastorna, que me molesta, que me tiene intranquilo. Este no es lugar de confidencias y lo mejor es...

—¡Eh! qué dices?

—Señora, pronunció el compañero de José sin hacer caso de las palabras de éste, prepáreme una botella de aguardiente y diga cuánto le debemos por todo.

El individuo pagó todo, tomó la botella y agarrando de un brazo a José le condujo por una vereda. Ambos se miraron; José tembló y su amigo sonrió.

—Llevamos qué beber, ¿verdad?

—Sí, pero yo no quiero beber más, replicó José.

—No importa; o yo no soy quien soy o tú eres el que presumo y en ese caso, es preciso...

Al oir estas expresiones José volvió a temblar.

Un cuarto de hora habrían caminado cuando encontraron un tronco de árbol corpulento derribado y en él se sentaron.

—Bien, tomemos un trago y dime quién eres.

—José Galvarino, ya me parece haberlo dicho.

Ya, pero quiero saber tu procedencia, es decir de dónde eres, qué eres, y quiénes son tus padres, porque tienes una señal en la frente que, o me equivoco o mucho me temo... en fin habla...

—Es inútil, no diré una palabra más de lo dicho, dijo José lanzando una mirada a la botella y dando un suspiro.

—Toma si gustas, dijo el individuo, para eso la he traído.

José no se hizo de rogar, se empinó la botella y bebió cuanto quiso hasta saciar, en parte, su sed de licor.

—Este es pato al agua, se dijo el individuo viéndole beber a más y mejor.

—¿Con que no me dices quién fué tu padre?

—Isidro Galvarino, no soy legítimo pero llevo el apellido de mi padre por complacer los deseos de mi difunta madre quien me lo recomendó en sus últimos momentos.

—Y tu padre está vivo?

—No, le mataron hace hoy trece años cabalmente.

—¿Cómo, le mataron?

—Sí, un individuo a quien nunca lo pudimos atrapar y que.....

—Tu padre tenía un lunar como el tuyo en la frente?

—Sí, mi madre decía que mi padre y yo no podríamos jamás desconocernos por esta marca, dijo José llevándose la mano a la frente.

—Tómate otro trago le dijo el compañero, con siniestra calma.

José obedeció.

—Qué oficio fue el de tu padre?

—En sus mocedades fue labrador, pero en sus últimos días fue policial de línea.

A estas palabras el individuo perdió su serenidad y lanzando una mirada terrible a José, llevó la mano a cierto lugar de su cuerpo de donde sacó con mucho disimulo un finísimo y agudo puñal.

Al ver el arma, José se puso de pies y con un valor extraño en él, preguntó.

—¿A qué obedece eso?

—Sencillamente, a que no quiero tener sombras en mi vida y ese lunar de tu frente me recordó esta mañana el que ví en la de tu padre hoy hace trece años.....

—Conque tú eres el asesino de mi pa.....

—Alto, dijo el individuo lazándose sobre el indefenso José y agarrándole de la garganta con mano fuerte:—tú eres mío, dije esta mañana, y he de cumplir mi palabra como lo acostumbro hacer; y sin el menor escrúpulo le hundió el puñal en el pecho, tantas veces como fue necesario para que el infeliz hijo de Isidro espirase a manos de aquel empedernido criminal.

El asesino sonrió al contemplar por última vez el lunar de la frente y su imaginación excitada le hizo ver la placa con el número 13 en el pecho de José, igual a la que portaba Isidro hacía trece años.

Lanzó una carcajada estentórea, y en vez de huir como lo acostumbraba hacer sin duda, se inclinó sobre el cadáver de José y comenzó a contar las heridas; al llegar a la última lanzó otra carcajada más fuerte y pronunció con destemplado grito: ¡TRECE!

A la voz fuerte acudió un leñador que iba al pueblo, y al ver aquel

cuadro sombrío y aterrador corrió a dar parte. Cuando la autoridad llegó, encontró al asesino abrazado al cadáver de José y pronunciando con voz cavernosa ¡trece, trece, trece!

Todos los concurrentes al teatro del drama convinieron en que estaba loco!

LA EGOLATRÍA

SIN pretensión alguna, trataremos de desarrollar el tema que encabeza las presentes líneas, con objeto, únicamente, de externar nuestras pobres ideas, en orden al asunto de que vamos a ocuparnos, y que se presta a grandes y filosóficas consideraciones.

En la mísera humanidad existe un ruin sentimiento que rebaja grandemente la dignidad del hombre, que contribuye, en grado máximo, a la perpetua intranquilidad de los pueblos todos, que hace de las sociedades su instrumento y juguete en provecho de su propia conveniencia.

Ese sentimiento vil es el culto inmoderado y excesivo del YO que coloca al sér humano en una triste y lamentable condición, inferior a la de los animales irracionales.

La egolatría, que no es otra cosa que el culto de sí mismo, es condición innata en el hombre; pero en unos, ese culto toca a las puertas del fanatismo y entonces ellos se vuelven completamente insociables; en otros se nota la egolatría con cierta y relativa moderación, y se tornan tolerables; y en muy pocas personas casi no se distingue, aunque existe; pues, como hemos dicho, tal sentimiento es peculiar en el sér humano.

Sin embargo, no dejan de presentarse casos que sirven de ejemplo, porque en ellos ha desaparecido por completo ese ruin sentimiento, para dar lugar, en su corazón, al desinterés noble y levantado que les convierte en inmortales.

El filántropo, el héroe, el patriota, el altruista desconoce la egolatría: en su corazón no hay sitio para ese sentimiento. Por esa razón ha escalado las cumbres de la gloria y su frente ha sido distinguida con la corona de la inmortalidad.

Un corazón abnegado jamás podrá ser ególatra.

Ambos sentimientos están reñidos entre sí y con ellos ocurre lo que con el agua y el aceite, que jamás pueden permanecer mezclados.

Donde hay desinterés hay pureza de corazón.

Donde hay egolatría hay ruindad de alma.

El egoísmo es el sistema que sirve de guía, de norma: es la escuela de la egolatría.

Sin embargo, el egoísta puede llegar a ser noble con el tiempo, si se morigera.

El ególatra jamás podrá abrigar en su corazón sentimientos nobles que no tengan relación directa con su propio bienestar.

El amor propio en el ególatra salta a la vista porque es exagerado.

Vive únicamente por sí y para sí.

Toda acción, por indigna, baja, inmoral y reprochable que sea, le parece buena si al cometerla le deja algún provecho material, si le reporta alguna utilidad, aunque sólo sea la satisfacción de sus caprichos vanidosos. El, para conseguir su propósito, no repara en medios, no le importa menoscabar la salud, la reputación, el honor y el decoro.

El individuo que rinde culto fervoroso a ese sentimiento bajo, jamás deja para los demás lo que puede ser provechoso para él.

Su lema es: *gozar siempre aunque los demás sufran.*

Servirse de todos y de todo, sin preocuparle, siquiera, el que sus semejantes se perjudiquen con su detestable proceder.

De ahí que la egolatría es la fuente inagotable de todos los vicios, el manantial insalubre y perenne de todos los desastres y hasta de todos los crímenes.

Porque un individuo de tal condición puede fácilmente ocasionar la ruina de una sociedad entera.

Y es que él no tiene amigos por más que hipócritamente se le vea fomentar la amistad.

El no tiene noción de Patria, ni la puede tener, aunque viva en el suelo en donde por primera vez vió la luz del día.

El no experimenta amor de ninguna especie por más que dentro de su pecho innoble lata diariamente su corazón.

Que sus semejantes sufran porque él goza: ¿qué le importa a él eso?

Que la Patria sucumba: ¿qué le va a él?

Si eso llegare a suceder, por desgracia, lo que él haría sería realizar, metalizar sus bienes y largarse a otro país o hacer causa común con los inmoladores de su patria; pero jamás sacrificarse por ella.

Que la mujer a quien sedujo se muera de hambre, se prostituya, se envilezca: ¿que le importa eso a él, si ya satisfizo su ruin capricho, si ya experimentó el goce carnal que ansiaba a trueque del deshonor, del de-

coro y del pudor de la infeliz que le sirvió de instrumento?

Que un semejante se arruina por hacerle un bien: ¿qué significa eso para él, si ya obtuvo el beneficio que perseguía?

Por todas estas razones pensamos que el ególatra es indigno de la consideración social, es el cáncer que la roe, que la destruye sin piedad, que se apodera de todo! Porque el ególatra lo absorve todo con su inmenso e imponderable *ego:* su YO, que lo es todo, que lo llena todo, que nada deja para los demás, que ve con glacial indiferencia la desventura de sus semejantes.

¡Ah! pero contra ese sentimiento ruin, por fortuna, se levanta gloriosa y radiante la hermosa virtud del desinterés, de la abnegación.

Y así como tenemos, por desgracia, tantos ególatras, así contamos, por ventura, con tantos corazones nobles que rinden culto a la bondad en sus más hermosas manifestaciones.

¡Qué laudables y dignas de alabanza son las manifestaciones de un corazón desinteresado!

¡Qué sublimes y grandiosos son los rasgos nobles de un alma bondadosa!

¡Qué bello, qué grande y qué provechoso es todo lo que procede de un generoso desprendimiento!

La abnegación tiene en sí el privilegio de engendrar hechos gloriosos en la vida de los pueblos, acciones nobles y heróicas en el seno de las sociedades y grandiosos y levantados sacrificios, radiantes de sublimidad, en el sacrosanto santuario de los afectos personales!

La abnegación tiende su mano protectora a la humanidad doliente y necesitada.

La egolatría pisotea a esa misma humanidad, despojándola de todos sus derechos.

El desinterés es fuente inagotable de bondades.

La egolatría es manantial perenne de maldades.

En tanto que el desprendimiento desinteresado hace a los hombres heróicos, filántropos, altruístas, nobles, grandes; en tanto que el propio desinterés da consuelo a las sociedades, llena de encanto y de esperanza a la amistad, imprime prestigios infinitos al amor, el egoísmo degenera los sentimientos nobles, hace perder la confianza entre los hombres de buena fe y despoja a la humanidad del bienestar común.

El egoísmo, en su incansable afán de procurárselo todo para sí, de convertirlo todo en provecho propio, hace daños inconmensurables a la sociedad.

Y así, vemos constantemente que:

El individuo egoísta, si no puede saciar su ambición, su vanidad y su capricho, se desespera, se abate y concluye por darse la muerte: ¡he ahí un desastre!

Si desea obtener riquezas agenas y no halla otro medio a su alcance, hunde el puñal, vierte el veneno o sepulta una bala en el cuerpo de su víctima: ¡he ahí un crimen horrendo!

Si solamente necesita un puñado de oro para satisfacer sus caprichos, para gozar de los placeres, los deleites, las exigencias de la vanidad y del vicio, es capaz de vender la honra agena, el silencio o la complicidad de sus semejantes: ¡he ahí una vil traición!

Todo este cortejo de males ingentes es producto directo y exclusivo de la egolatría,

El individuo que sólo anhela el poder público para enriquecerse; el que pretende servir a su Patria solamente para adquirir bienes efectivos; el que busca en la sociedad y en la amistad instrumentos de qué servirse para explotarlas en beneficio propio; el que pretende a una mujer por su dote o por sus riquezas; ése ha corrompido su alma, ha envilecido su conciencia, ha descendido a la baja esfera de lo ruin, de lo innoble, donde tiene su asiento, su trono la egolatría,

En cambio, el que se sacrifica por la Patria; el que la sirve desinteresadamente, el que busca al desvalido para protegerle; el que ocurre a la mujer para experimentar decorosamente los dulces deleites de un amor sentimental y puro, el que en todos sus actos y acciones sólo procura cumplir su deber sin pensar en las conveniencias; ése es el verdadero desinteresado, cuya alma—grande y noble—le pone a un paso de la heroicidad, de la filantropía; y, por lo tanto, inspira respeto, cariño y admiración.

¡Ah! ¡Cuán grandes seríamos si, llegando a desterrar de nuestro corazón el culto al *ego*, nos convirtiéramos en desinteresados, en abnegados!

Porque el desinterés y la abnegación son los atributos más bellos de una alma generosa, traducidos en acciones heróicas, en hechos imperecederos, en pasiones nobles y en sacrificios sublimes!

UNA NOCHE EN LA TIERRA

MORÍA el día.

Los últimos rayos crepusculares alumbraban ténuemente la senda tortuosa que conduce al vecino pueblo de B.....

Las espesas arboledas de uno y otro lado del camino, impedían el tránsito de la mortecina luz que lanzaban los débiles resplandores del astro rey que se escondía tras las colinas inmediatas.

El chirrido estridente del grillo rompía la monótoma y pacífica quietud de aquellos contornos.

Por la quebrada y pedregosa senda, caminaban dos religiosos.

Uno de ellos de regular estatura, semejaba por su semblante dulce, apacible y majestuoso, al mártir del Monte de las Calaveras. Su continente, su paso, su entonación de voz, su mansedumbre, todo indicaba en él la presencia de un sér de suma perfección.

El acompañante, algo más de edad, un poco encorvado, sin duda por el peso de sus largos años, caminaba penosamente a la par del primero.

—Señor, el pueblo de B..... dista algo más de lo que creíamos y mis piernas flaquean ya; desearía descansar un poco para continuar el viaje.

—Como gustes, Pedro, dijo el joven religioso de barba risada y rubia, sentándose sobre un peñasco, a la vera del camino.

—Gracias infinitas, señor, articuló el anciano tomando ejemplo y sentándose sobre un promontorio de tierra cortado a tajo, no muy distante del que ocupaba su compañero, quien parecía tener alguna categoría superior a la de él.

—Siéntate cerca de mí, Pedro.

El interpelado levantóse de su asiento y se fue a colocar al lado del joven religioso.

—Con vuestra venia, mi señor.

—El pueblo de B.... dista de aquí unas pocas varas; con poco que andemos llegaremos dentro de breves instantes. Allí pasaremos en cualquier parte, la noche y mañana.....

—La pasaremos en el Convento del señor Párroco.....

—Al señor Párroco le dejaremos tranquilo..... cualquier vecino caritativo nos dará posada.

—Pero lo natural es ir a dormir.....

—En cualquier parte, ya lo dije.

—Es verdad, señor, contestó el ananciano religioso resignándose a no replicar.

Pasados algunos momentos de descanso, los caminantes emprendieron de nuevo su viaje hacia el próximo pueblo.

* * *

Unas cuantas docenas de casucas de paja, colocadas en completo desorden, constituyen el pueblo de B.... el cuál está atravesado por una pedregosa y torcida calle, la que tiene el pomposo nombre de *calle real.*

Al propio tiempo que los religiosos entraban al pueblo por un extremo de la mencionada calle, por el otro llegaban unos arrieros conduciendo un patacho de mulas de carga.

—Oye *vos*, Lucio, lo que soy yo no paso de aquí; estoy rendido y tengo mucha hambre.

—Lo mismo digo yo, Lencho, *ña* Lupe nos dará posada y comida para todos.

Los arrieros detuvieron el patacho de mulas y después de atarlas a un árbol, plantado cerca del seudo-portalito, con que se distinguía la casa

de hospedaje de la señora Lupe, descargaron las bestias en un santiamén y colocaron las cargas junto a la pared de la casa bajo el techo del portalito. Allí se hospedaban de costumbre.

La señora Lupe salió a la puerta y saludó a los arrieros a quienes conocía desde hacía mucho tiempo.

—¿Qué *trés* en esos *tanates*, Lucio?

—Ropa cosida, *ña* Lupe, que llevamos a la *siudá*..... y diga, ¿nos pudiera dar un bocadito para todos, que *tremos* mucha hambre?

—No tengo más que frijoles y queso.

—No le hace: con eso y un poco de cafecito, tenemos.

—Aguárdense, pues, voy á calentar el café.

Mientras la señora Lupe preparaba la cena, los arrieros echaron zacate a las bestias y se fueron al único estanco de aguardiente que había en el pueblo, y allí permanecieron algún tiempo libando sendos tragos de licor.

Durante este tiempo, llegaron a casa de la señora Lupe nuestros dos religiosos.

—Por la traza que presenta esta casa parece un ventorrillo, ¿verdad, Pedro?

—Así me parece, señor.

—Entremos.

Los dos religiosos atravesaron el corredorcito y el anciano tocó suavemente la puerta con su báculo.

—¿Quién?, contestó la señora Lupe saliendo incontinenti.

—La gracia de Dios sea contigo, mi buena señora, dijo el anciano.

—Amén, contestó regocijada la señora Lupe al ver a los dos religiosos a la puerta de su casa—¿qué desean ustedes de mí?

—Que nos déis alojamiento en vuestra casa y algunos alimentos, si de ellos disponéis.

—Pasen adelante, señores, mi casa es vuestra y podéis disponer de lo que tengo.

—Gracias, buena señora.

La señora Lupe dejó sentados en unos taburetes a los religiosos y corrió a alistar la cena sobre una mesa vieja y rústica. Los religiosos comieron tranquilamente la cena preparada para los arrieros.

Mientras esto ocurría, la señora Lupe fué a preparar dos catres de lona que colocó convenientemente en un cuartito de la casa, situado a inmediaciones de la que parecía ser sala. Este cuarto tenía puerta hacia el corredorcito en donde los arrieros se quedarían a dormir.

Cuando los religiosos terminaron de comer, la señora Lupe les llevó a su

alojamiento, en donde les dejó orando a media voz.

* * *

Al poco rato, llegaron los arrieros algo pasados de licor y por ende algo más soeces que de costumbre.

Al entrar, lanzaron palabras incorrectas que irritaron a la señora Lupe a punto de decirles:

—Ya les he dicho varias veces que no es de mi gusto que vengan a mi casa borrachos..... ¡salgan de aquí!

—Mire, *ña* Lupe: *dénos* de comer y cállese la boca, que nada tiene qué decirnos, pues..... nosotros tenemos cómo pagarle....

—Fuera de aquí!, insolentes!, malcriados!, no les daré nada.

—Queremos comer.

—No hay nada.

- ¿Y los frijoles?

—No tengo: váyanse a acostar y dejen de estarme molestando.

Los arrieros que conocían lo inflexible que era la señora Lupe, salieron profiriendo imprecaciones, y la dueña de la casa aprovechó la ocasión para cerrar la puerta y atrancarla fuertemente.

Los arrieros, perdida toda esperanza de comer, se acostaron aguijonea-

dos por el hambre; y, maldiciendo su suerte, se fueron quedando tranquilos.

Pero he aquí, que a sus oídos llegó el incesante susurro de personas que hablaban muy cerca de ellos, y esto les fue irritando poco por poco. Dos de ellos, no pudiendo soportar por más tiempo aquel interminable murmullo de voces, se acercaron a la puerta de los religiosos y se pusieron a oír.

—Como que están rezando.

—¿Oyes bien?

—Si, deben ser beatos rematados, y no nos van a dejar dormir.

—Eso faltaría!, tras que no hemos comido y que no durmamos! Esto no lo aguantaré. Y alzando la voz, gritó: ¿quieren ustedes callarse, beatos malditos? Si siguen en esa rezadera, por mi madre que me las pagarán.

Los arrieros que creyeron que con lo dicho se callarían pronto, se fueron a acostar de nuevo; pero fue en vano; los beatos siguieron orando con la misma entonación de voz, y Lucio, que parecía ser el más resuelto, y el más temerario, agarró un garrote y se fue derecho a la puerta, dió dos tremendos golpes y esperó.

—Has oído Pedro?

—Sí, señor.

—Ve a ver qué quieren.

El anciano Pedro se levantó y a tientas, porque el cuarto estaba a oscuras, fue a abrir.

—¿Qué deseas?

—No deseo sino que quiero darte para que te calles, dijo Lucio, descargando dos fuertes garrotazos en el cuerpo del infeliz anciano, quien soportó pacientemente aquel injusto e inesperado castigo. Inferido aquel inaudito atentado el arriero se fue a acostar y el anciano se fue a su puesto después de haber cerrado la puerta.

—¿Qué pasó Pedro?

—Señor, que un individuo me ha dado dos tremendos golpes.

—Perdónale que no sabe ni siente lo que se hace.

—Pero.....

—Pero, ¿qué?

—Que yo sí he sentido los golpes.

—Ten paciencia y oremos para ganar el cielo.

Y nuestros dos religiosos pusiéronse a rezar nuevamente.

Aquella insistencia irritó demasiado a Lucio y a sus demás compañeros.

Ahora les daré más duro, se dijo, levantándose.

Cuando hubo tocado la puerta, el religioso joven le dijo al anciano:

—Ve a abrir, Pedro, y díle que ore él también.

—Señor, que aún me duelen los dos palos que me dió, para querer ir a abrir.

—Entonces me toca a mí, iré a abrir yo.

—Señor, que ese desalmado va a poner en vuestro santísimo cuerpo sus malditas manos.

—No importa, ven conmigo y abriré yo la puerta.

El anciano obedeció nuevamente y fue tras el joven religioso que al abrir la puerta oyó que le decían:

—Ya a tí te he pegado; aparta, que quiero castigar a tu compañero.

Y sin esperar contestación, Lucio se lanzó al interior del cuarto y arremetió nuevamente contra el infeliz anciano.

El joven religioso detuvo, oportunamente, el brazo del arriero, quien al volver su vista, quedó deslumbrado por una claridad que rodeaba la hermosa figura del religioso.

El anciano Pedro desmayado permanecía a los pies del arriero, quien, confundido no sabía qué hacer.

La claridad fue amortiguándose poco por poco hasta quedar en una densa oscuridad.

Al día siguiente la señora Lupe contaba a todo el pueblo lo ocurrido al arriero, quien mostraba su mano ennegrecida y paralítica.

—Yo creo, decía, llena de orgullo, que esta noche han cenado en mi propia casa Dios, nuestro Señor, y el mismísimo San Pedro.....

De los religiosos nadie supo decir qué camino tomaron.

SOMOS LOCOS

EN un instante de sublime lucidez, alguien profirió estas palabras: «de médico y loco todos tenemos un poco».

Estos conceptos que encierran una verdadera sentencia, han corrido, corren y correrán siempre en boca de todo género humano, como para recordarnos constantemente lo que hemos sido, somos y serémos, por ley del destino.

¿Que de médicos, tenemos todos un poco? Claro está, y también lo tenemos, y mucho, de locos; y precisamente debido a nuestra locura insensata, nos atrevemos siempre a recetar sin haber tenido, siquiera, en nuestras manos, algún texto de medicina. — Este afán sin duda lo atribuirán algunos al deseo de ser útiles a la humanidad doliente; pero esa utilidad será siempre fatal, porque tiene por base, la ignorancia impulsada por la locura.

Así, pues, todos tenemos de loco un poco.

Si la verdad pudiese ser medida, es decir, que hubiese o se consiguiesen algunas más grandes que otras, esta sería la mayor, y ninguna otra le superaría.

Parece ser que la locura es innata en la especie humana, como que nacemos con ella y morimos con ella; he aquí por qué todos los actos de nuestra vida tienen más o menos cierta cantidad de locura.

Esto nos induce a creer que la locura es parte integrante en la vida del hombre; hay ocasiones en que se fija en un punto del cerebro y tenemos una locura parcial, inofensiva, característica; pero en ocasiones invade todo el cerebro y resulta un loco de atar.

No hay duda: el mundo es un inmenso manicomio; y lo divertido es que entre más rasgos de locura mostramos, más cuerdos nos consideramos; todo esto proviene del estado en que permanecemos y del que jamás saldremos.

Los que quieran convencerse de lo dicho, no tienen más que fijar su atención, si es que para ello están aptos, en todas las manifestaciones de la vida humana, y cuando esto haya sucedido, exclamarán: «verdaderamente todos tenemos de loco un poco.»

No se negará que hay curas que debieran ser pasteleros; pasteleros que debieran ser médicos; médicos que debieran ser zapateros; zapateros que debieran ser literatos; literatos que debieran ser mozos de cordel &. &. y paremos de contar no sea que alguien que de loco también tendrá, nos tilde de locos aunque no estamos libres de serlo.

Pero convengamos en que este trastorno, en la adopción de quehaceres, profesiones, oficios &, es debido a la locura de los interesados, quienes tarde, muy tarde, llegan a comprender cuál es el destino de ellos; y entonces es cuando vemos a médicos convertidos en labradores, abogados en jardineros, políticos en comerciantes, sabios en mozos de cordel, ricos en pobres, maestros en discípulos; y, ¿qué tal? ¿qué es esto?; pues, nada, que es una pura contradicción con el nombre reservado de *locura*.

Pero ¿qué sería de nosotros si a cada paso descubriéramos el mal estado de nuestra razón? quedaríamos convencidos de que somos locos de verdad, aunque para ésto, sería preciso que estuviésemos cuerdos un instante; y ¿para qué? ¿para discutir sobre la locura con otros tal vez más locos que nosotros? ¡Solemne locura!

Analicemos ligeramente uno de nuestros principales actos de la vida: la procreación.

¿Qué es lo esencial para cumplir ese deber imprescindible y universal? el amor. ¿Y qué es el amor? un juego de locos.—

Veamos.

Hay dos séres varón y hembra; ambos se aman, se desean, se enamoran; él le dice a ella:

—Estoy loco de amor por tí;

Y ella le contesta con pasión;—

—Más lo estoy yo por tí.

Estas palabras dicen la intensidad del cariño que ambos se profesan pero ese cariño es rayano en locura: ¡la eterna locura que convierte en ciegos a los enamorados! Y como esa locura es dulce, ideal, la fomentan los dos, y en su afán enloquecedor llegan hasta cometer la mayor de las locuras: *casarse.*

Verdad es que algunos con esto quedan curados de amor; pero la mayor parte se convierten en locos peligrosos, acosados por la desesperación de estar en ese endiablado manicomio que llamamos: *vida conyugal.*

Hoy existe una tabla de salvación: el divorcio, lo cual no es más que un medio de abrirse las puertas de un manicomio para entrar en otro.

¡Hasta cuándo seremos verdaderamente cuerdos!

HISTORIA
DE UN BILLETE DE BANCO

(Contada por el mismo)

EL empleado del Banco tiró de la gaveta y puso en ella con descuido y hasta con desdén, cinco billetes con valor de un peso plata cada uno y sacó uno de cinco, cerrando enseguida la gaveta.

—Mira —dijo un billete de un peso a otro de los que ya estaban allí en la gaveta—¿has visto qué estrujados y qué sucios han llegado esos que acaban de entrar, como que han llevado una vida de perros!

—Así, ciertamente, —contestó el interpelado—en tanto que nosotros permanecemos aquí, limpios y bien satinados, sin que mano alguna haya mancillado, hasta hoy, el hermoso lustre con que salimos de las prensas; y no es porque nos desprecien, pues muchos habrán que deseen tenernos un momento siquiera en sus manos.

—¡Ah! de eso estoy bien seguro; pero, mira allá, hacia el rincón izquierdo, parece que se oculta, avergonzado, el más estrujado de todos los que acaban de llegar.—¡Cómo se esconde! ¡como que no quiere que le veamos!

—No es que se esconda, es que la mano del señor empleado del Banco le lanzó y fue a caer alli donde está, tal vez sin alientos, sin deseos de figurar en nuestro montón.

—Se me ocurre una idea!

—Veamos, ¿cuál es?

—Interrogar sobre las peripecias de su viaje a ese que se oculta y que nos ha llamado la atención por el estado tan deplorable en que se encuentra.

—Muy buena idea: así nos divertiremos con lo que nos cuente, y hasta podremos adquirir algunos conocimientos que nos servirán de mucho, para cuando la mano de ese señor, que con tanto cuidado nos vigila, nos saque de aquí para entregarnos en manos de algún solicitante.

—Oye tú,—dijo uno de los billetes parlanchines al que servía de pasto a la conversación,— oye tú que estás en ese rincón, habla algo, cuéntanos tu historia, que por las trazas que llevas, debe ser muy divertida.

El billete que había servido para llamar la atención de aquellos dos

curiosos que, bien acondicionados, se hallaban allí cerca, fue devorado por las miradas escudriñadoras de los demás compañeros quienes a una sola vos gritaron:

—Sí, que nos cuente algo de lo mucho que habrá visto!

—Con mucho gusto los complaceré, contestó el tal billete, pero les ruego esperar un momento para ver si el señor que nos da y nos recibe, se fija en mí y me coloca en posición de poder hablar largamente, pues así como me encuentro no lo podría hacer sin experimentar tal cansancio, que me vería obligado a suspender mi relato.

No esperaron mucho tiempo, porque a poco, el empleado del banco haló la gaveta, colocó en las casillas correspondientes algunos billetes de diferentes valores, puso en orden los otros, en cuenta el billete estropeado, y empujó la gaveta.

—Ahora sí, dijo el más curioso, ahora cuéntanos tus aventuras.

—Pues bien, les suplico poner atención y no interrumpirme durante mi relato. —Hará cosa de varios años, era yo todo un hermoso y elegante billete, ostentaba con orgullo natural mis atributos y un solo doblez no se notaba en mi limpio y satinado cuerpo. — El número uno,

que con profusión se encuentra en nosotros y que marca invariablemente nuestro valor, se leía perfectamente con suma facilidad; estaba, pues, como si dijéramos, joven; es decir enteramente nuevo, con todo mi brillo y a pesar de mi pequeño valor pecuniario me creía soberano y señor de muchas necesidades. — Hablaba con mis compañeros y hermanos de nuestra existencia, hacíamos reflexiones sobre cuál sería nuestro destino en la carrera que en breve emprenderíamos para facilitar el intercambio de las diferentes cosas que en la vida, necesita el sér humano; y en esas y otras reflexiones, pasábamos el tiempo cuando una mañana de tantas, la mano de costumbre haló la gaveta y, sin miramiento alguno, nos tomó del montón donde estábamos atados con una pita nuevecita color de rosa, nos contó hasta llegar a diez y con mucha indiferencia, nos puso en manos de un señor gordo, bajo de estatura y bien trajeado, quien nos tomó volviéndonos a contar; después sacó del bolsillo de pecho una elegante cartera de piel fina y lustrosa y fuimos a reunírnos en el fondo de ella con otros billetes de diferentes valores.

Al través de aquella finísima cartera oímos latir con fuerza el corazón de

aquel hombre, antojándosenos que era el termómetro que marcaba la intensidad de las pasiones de nuestro dueño. —Ignoro si mis compañeros pensarían lo mismo; pero de mí sé decirles que me propuse estudiar o mejor dicho, observar día por día, hora por hora, instante por instante, todo el teje y maneje de la vida humana en sus diferentes tópicos.

Yo notaba que aquel que me llevaba en su cartera y cuyo corazón, como he dicho, latía con fuerza, me trasmitía su fluido vital, enérgico, haciéndome comprender que él gozaba de todas las comodidades que nosotros, cuando somos muchos, podemos suministrar; y en efecto, yo me hallaba en compañía de otros billetes de valor superior al mío, pues aquella hermosísima billetera, hija del capricho más refinado del fabricante, iba repleta de billetes.

Habríamos caminado algunos pasos, cuando sentí que mi dueño entraba en un salón espacioso, y así lo comprendí por la percusión lejana de sus pasos; también me imaginé estar en un salón propio de una cantina, porque a poco de andar, mi hombre atrajo hacia él una silla y se sentó sin saludar a nadie y con la confianza que su billetera le daba, como que sabía que nosotros estábamos dentro. — No me equivoqué y quedé enteramente convencido cuando

oí que mi dueño, con voz placentera y llena de satisfacción, dijo a alguien que se acercó.

— Traedme un cogñac y un par de puros de la mejor clase.

Mientras el mozo de la cantina iba por el encargo, me puse a pensar sobre quien sería aquel que me llevaba aprisionado en su billetera; desde luego supuse que sería uno de tantos ricos que vejetan en este San Salvador, sin haber experimentado jamás el menor contratiempo por falta de dinero y que por lo tanto no saben apreciar lo que justamente cuesta la vida. — Hijo tal vez de ricos hacendados, habría tenido desde su tierna infancia hasta la época, todo lo necesario para llamarse feliz; aquella gordura demostraba su afición a los buenos condimentos, a las constantes libaciones y podría asegurar que era amado y que amaba con pasión a las mujeres. — Cuando sus dedos nos tocaron para colocarnos en su cartera, notamos o mejor dicho noté que eran suaves y gruesos; por ello deduje que me hallaba en manos vírgenes de todo trabajo material y burdo, comprendí que aquellas manos sólo habrían aprisionado pañuelos perfumados, billetes de banco y de . . . amor, manos de amigos también ricos y de mujeres de salón.—Todas estas reflexiones me condujeron a la creencia de que mi ca-

rrera había comenzado con buenos auspicios.

Mi dueño pagó el cognac y los puros con el dinero suelto que llevaba en el bolsillo de su chaleco y arreglándose convenientemente el vestido, se dio unas ligeras tocaditas a la parte donde nos encontrábamos y salió sin despedirse de nadie.

A poco de andar oí que dijo.

—Pára.

Un coche de punto que a la sazón pasaba por el sitio, detuvo su carrera y bien pronto nos hallamos instalados en uno de tantos ruidosos y destartalados coches que hacen el servicio urbano.

—A la Avenida Independencia,— dijo mi dueño al auriga.

Este hizo, acto continuo, arrancar del lugar, el coche que corrió con toda la lijereza que sus escuálidas bestias podían imprimirle.

Después de algunos minutos de correr, el coche paró; mi dueño bajó, pagó al auriga con una moneda de plata y empujando con imperio el zaguán de la casa que tenía enfrente, entró resueltamente.

—Muy buenos días mi querida Carolina.

—Muy buenos los tengas tú, Salustio mío, ¿por qué tan temprano por acá?

—Pienso ir esta tarde a Santa Ana y resolví pasar el resto de la mañana en tu agradable compañía y como vives tan cerca de la Estación del ferrocarril, la idea me pareció excelente y aquí me tienes dispuesto a almorzar contigo; ¿estás dispuesta?

—Sí; pero ..... lo cierto es que como no te esperaba, me encuentro desprovista de lo necesario.

—¡Quia! ¿nó sabes tú que donde come uno pueden comer dos?

—Sí, pero es el caso que, aquí ni uno puede comer hoy y mucho menos dos, conque .....

—Te comprendo,—dijo mi dueño, sacando del bolsillo la famosa cartera. La abrió y sacó algunos billetes entre los cuales se me incluyó, —Toma, aquí tienes ésto, dispón lo conveniente para un buen almuerzo, sin olvidar el vino Montecristo, que tanto me gusta, ¿oyes?

Carolina nos tomó con rapidez, de manos de don Salustio y fuimos a parar después de un momento, a la gaveta de un elegante armario, no sin antes oír estas palabras:

—Algo es algo, estos billetitos me hacían falta para pagar al zapatero las zapatillas que le ordené y que hoy debe traerme .....

La gaveta fué empujada y asegurada con llave.—No supe más de lo

que enseguida pasó en la estancia de Carolina.

Tan pronto como llegué a mi nueva morada me sentí embriagado por el ambiente perfumado que allí respiraba. Por todos los rincones de la gaveta veía yo diseminados pedazos de listones de diferentes colores, alfileres con cabeza grande y artística, ganchos de prender cabellos, flores marchitas y perfumadas, y el piso de la gaveta con una capa de polvos de arroz sumamente olorosos y que por el descuido de la que los usaba, se habían regado; también habían botecitos con esencias delicadísimas y pomitos de brillantina, cosméticos, carmín y otros enseres propios de mujeres de la condición de Carolina.

En uno de los rincones divisé un portamonedas panzón, sin duda por su abundante contenido.

Mi nueva vida resultaba envidiable y tanto mis compañeros como yo, suspiramos satisfechos y felices de encontrarnos en aquel recinto perfumado. — Así esperamos que se cumpliera la voluntad de nuestro nuevo dueño.

Las horas pasaron sin que tuviéramos el menor contratiempo y cuando menos lo esperábamos sentimos que halaban la gaveta y la misma mano suave y delicada que nos co-

locó en aquél sitio, nos tomó con aparente ternura.

Carolina, pues no era otra, suspiró a la vista de nosotros y dijo con voz queda al par que nos pasaba de una a otra mano:

— Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho y nueve, ¡cabales! ¡qué pulso tuvo el zorro de don Salustio para darme precisamente lo que tengo que darle al zapatero. . . . . ¡Jesús! y qué caros son estos gustos.... nueve pesos por un par de zapatillas color café, con lazas de listón del mismo color y con tacones de hule . . . . . vaya! por fin que yo no hago el dinero . . . . . él me llega de grado y no por fuerza, es decir no por que yo le llame.

Momentos después me encontraba en manos sucias y mal olientes; eran las del aprendiz de zapatería, quien nos contó de nuevo y nos enfundó en uno de los bolsillos de su pantalón mugriento.

Por el camino mis compañeros se fijaron en un agujero del bolsillo e instintivamente pensamos en jugarle una mala pratida al muchacho, escapándonos por allí. El muchacho por su parte divisó unos cuantos rapazuelos que estaban jugando a las bolitas, a cierta distancia y a ellos se dirigió en vertiginosa carrera; con esto se

presentó la ocasión de que el agujero, que era algo grande, se abriese en toda su extensión y nos dejase el camino libre..... caímos sobre la grama que cubre el suelo y .... no volvimos a saber del desventurado muchacho.

Serían cosa de las seis de la tarde, una de las frías tardes del mes de diciembre, el sol se acababa de ocultar y sus tenues y debilitados rayos languidecían dando paso a la oscuridad de la noche que avanzaba..... el airecillo frío de la tarde húmeda, nos hizo cambiar de posición y rodando, rodando, sin ser advertidos de nadie, nos fuimos separando poco por poco en diferentes direcciones, pero siempre obedeciendo al impulso del aire.

Yo fuí a parar debajo de una tusa. Allí, abandonado y solo, pasé la noche oculto bajo la espata aquella, que en otro tiempo abrigó al maíz; ella me abrigó a mí..... a un billete de banco, a un peso plata, nada menos, aunque convertido en papel y que indudablemente haría la felicidad de muchos.

La noche fué larga como todas las del mes de diciembre y ello me dió ocasión para reflexionar extensamente. Cavila que cavilarás vine en mientes de que siendo yo lo que soy, lo mismo me daba estar en aquel lugar ignorado, que en el bolsillo de un se-

ñorón o en el portamonedas de una delicada y espiritual señorita, o bien en la gaveta de un industrial o en cualquier otro sitio; pero no así con respecto de los seres humanos, éstos sí que no sentirían doblegarse ante mí, levantarme de aquel sitio una vez que sus ávidos ojos se llegasen a posar en mí..... ¡cuántos infelices menesterosos habrían pasado cerca de mí, torturados por el hambre de todo un día, sin que su suerte perra, les permitiese dirigir la vista hacia la tusa y adivinar el inmenso tesoro que con indiferente y glacial egoísmo ella ocultaba!..... ¡cuantos bohemios trasnochados pasarían sobre mí, sin sospechar que yo estaba allí y que haciendo uso de mí, bien podían satisfacer, en parte siquiera, su sed de licor!.... ¡Cuántos.... pero no, no quiero cansar a ustedes hablándoles de esto que ningún interés puede causarles.

Con los primeros albores comenzó de nuevo a rozar las hojas de los árboles un vientecillo helado, que bien pronto se fue extendiendo hasta rozar los guijarros del camino. Mi tusa voló al influjo del viento y entonces quedé solo, a la intemperie, expuesto a ser visto por el primero que tuviera la suerte de pasar por allí. Al poco tiempo, yo mismo fuí lanzado por el viento que me hizo cambiar de

puesto yendo a quedar extendido cuan largo soy, sobre una laja de la acera inmediata.

Tres veces fuí pisoteado.

La primera vez por un repartidor de pan, que en su afanosa carrera, no reparó en mí.

La segunda vez, por un aguador que tarareando una canción de amor iba con dirección a la pila pública, y tan distraído caminaba, con la mirada fija en los hermosos crepúsculos matutinos, que no me vió.

Y la tercera vez, por el pie ligero de una señora mística que con el pensamiento en Dios y la enaguas arrolladas, iba en dirección a la Iglesia, mascullando oraciones.

Para ninguno de estos tres fuí colocado por el destino, en aquel sitio.

Las faldas de una maritornes que distraída iba a hacer las compras para el desayuno, me arrojaron a la vera del camino. Estaba visto, nadie me quería, todos me despreciaban, pero era simplemente por la sencilla razón de que nadie me había visto; porque, ¿quién no se doblegaría ante mí? Un peso es..... siempre un peso, y, ni el más pobre ni el más rico, me despreciaría al verme.

Desde luego, aunque yo carezco de eso que llaman corazón, y que en los seres humanos lo mismo sirve

para abrigar el bien que para el mal, mis deseos eran de que una persona necesitada, me viese para prestarle, con mi valor, un servicio grande.

Ya desesperaba yo de no ser útil a las personas, cuando una de tantas acertó a verme y acto continuo, sin meditar, sin consultarse, sin perder un momento, se lanzó sobre mí.

Mi nuevo dueño era un individuo pobremente vestido; su continente acusaba a la primera vista una penosa vida, una pobreza suma, casi una indigencia; y yo sentí por primera vez algo de orgullo, algo de vanidad, quizá por que era la primera vez que en verdad serviría para aliviar, en parte siquiera, alguna pena. De esto último me convencieron las palabras del que me recogió.

—¡Gracias Dios mío! con esto podré llevar un bocado a mis tiernos hijos y alguna medicina a mi pobre compañera. Dos días mortales hemos pasado; y no porque yo carezca de energías para el trabajo sino porque el trabajo huye de mí como cualquier cristiano huye de la excomunión; sin embargo, Dios que no abandona a sus hijos, ha puesto en mi camino este bendito belletito. ¡Gracias, infinitas gracias, Dios mío!

Por las palabras que aquí transcribo, comprendí amigos míos, —¡cuán

útil era yo en semejante ocasión para aquél desgraciado! y creedme, por más agujeros que su bolsillo tuviera jamás hubiera intentado deslizarme, jamás hubiera cometido semejante villanía.

Con verdadero cariño y con mucho cuidado, después de verme de uno y otro lado, mi dueño me colocó en el mejor de sus bolsillos y siguió su camino. De vez en cuando sentía yo la opresión de su mano que me tocaba como para asegurarse de que yo estaba allí, en su bolsillo, listo para hacer uso de mí en cuanto llegase la ocasión.

Esta no se hizo tardar. Mi dueño detuvo el paso ante un puesto de ventas en el Mercado, contrató algunos víveres baratos y a trueque de ellos fuí a reunirme con otros billetes y algunas monedas, en el cestillo que tenía oculto la ventera. Allí permanecí durante algunas horas, cambiando únicamente de posición, pues, mi nuevo dueño, contaba y recontaba de vez en cuando el dinero de la venta y en esas tretas, por fuerza tenía que cambiar de lugar.

Por fin, hubo necesidad de dar dinero para completar, con las compras, el valor de un billete de cinco pesos y fuí a parar a manos de una mujer del pueblo que me dobló en cuatro y

me colocó cuidadosamente entre su pecho y la camisa a guisa de bolsillo; allí permanecí calentito durante algunos momentos, pues bien pronto tuvo que hacer uso de mí para otras compras.

Como comprenderéis, me hallaba en el mercado de víveres y como mi valor es pequeño, me ví condenado a vagar de mano en mano para facilitar el intercambio al por menor; y así, tan pronto estaba en poder de una persona como de otra. Esta vida duró algunos meses, al cabo de los cuales ya no era yo el mismo billete aquel que nuevecito, satinado y elegante sacó del Banco el señor Salustio, recordáis?; pues bien, era yo entonces un billete estrujado, sucio, asqueroso, inmundo, aunque como era natural, conservaba mi legítimo valor.

Una mañana de tantas, figuraba yo en unión de otros compañeros y algunas monedas en una bolsita de cuero, sobre la mesa de un puesto de ventas, cuando un individuo, aprovechando el descuido de la ventera, se apoderó de la bolsita y huyó presto, lejos del lugar. Sentí que el individuo andaba a grandes pasos y juzgué que sería un ratero. Me apesadumbré mucho, pero considerando que me era imposible reparar el daño causado por aquel hombre, me resigné.

Aquel hombre me entregó con otro y éste con otro y así anduve errante durante algún tiempo, hasta que en cierta ocasión, me vi horrorosamente ultrajado, envilecido, sin poder protestar. Oíd y juzgad mi penosa situación!

Mi dueño a la sazón, era nada menos que uno de esos bandidos bien trajeados, con muchas consideraciones, con mucho dinero, pero sin entrañas, sin corazón, sin alma, sin conciencia, uno de esos hombres que, por desgracia, nacen con figura humana, pero que están dotados de las propiedades peculiares de una fiera, de una pantera.

Según pude entender por las pocas palabras que oí una sola vez, se trataba de la deshonra de una joven, virgen de todo pecado, y que por una ruin venganza se deseaba hacerla desaparecer de la escena de la vida, no sin antes mancillar su honor, su pudor, su cuerpo virginal. Yo figuraba en el montón de billetes que servirían para encubrir aquel horrendo crimen. Los cómplices eran dos: una arpía que serviría de alcahueta y una bestia con figura de hombre que se encargaría de lo demás.

Nada puedo deciros respecto de como pasaron los tremendos sucesos, lo único que sé deciros es que el sá-

trapa criminal, me entregó a uno de sus cómplices en pago de sus negros servicios, lo cual indica que el crimen se consumó.

Nunca me ví tan escarnecido, nunca sentí tanta indignación, tanta cólera y tanta vergüenza a la vez, como en aquel odioso trance en que serví para pago de aquel horrendo crimen, ¡servir para semejante cosa! valerse de mí para consumar un hecho tan escandaloso y vil como inhumano!

Juzgad, amigos mios, si eso no es suficiente para que yo desee cuanto antes mi incineración, es decir que el fuego me purifique de esa mancha odiosa!

El individuo aquel se fue a emborrachar con el dinero que recibió y el dueño de aquel establecimiento de licores me agregó a otros cuatro billetes de mi mismo valor y me trajo a descansar aquí, donde vosotros habéis visto la manera cómo me hicieron ingresar.

Ahora soy viejo y la experiencia y los hechos de que he sido testigo, me autorizan para darles un consejo; cuando ustedes sepan que han de servir para pago de un hecho como el que les he contado y hay lugar de huir, huyan lejos, muy lejos, para no sufrir la vergüenza que yo he sufrido.

LA VIDA Y LA EXISTENCIA

EL hombre, desde que nace hasta que muere, está sujeto a muchas transiciones; pero las más importantes, las más trascendentales son dos: *su vida* y *su existencia.*

Es preciso establecer diferencias.

El hombre nace: comienza a vivir; el hombre crece: sigue viviendo; el hombre muere: ha concluído de vivir!

¿Dónde está su existencia? no la tuvo!

El perro nace: comienza a vivir; el perro crece: sigue viviendo; el perro muere: ha concluido de vivir.

¿Podrá haber existido el perro? No, solamente ha vivido y el hombre que únicamente nace, crece y muere ha vivido de la misma manera que lo hizo el perro. Es decir: no existió nunca!

Los animales (entre ellos el hombre) viven; luego la vida es común, perte-

nece a todos los seres de la creación y aun es extensiva a las plantas que también nacen, crecen y mueren.

La vida es, pues, la materia, en tanto que la existencia reside en el alma. Para vivir solamente es necesario comer, dormir, gozar, reír; para existir se necesita más: hay que pensar, amar, creer. Para tener vida es preciso trabajar, para tener existencia es necesario luchar y luchar noble e incesantemente.

El hombre que vive no existe si no piensa, si no raciocina, si no lucha tenazmente, si no trata de mejorar su condición de simple animal, dotado de razón, de ideas, de sentimientos.

El hombre que permanece en la inercia, inactivo, que no hace funcionar su cerebro, que no despierta su corazón, que yace impávido ante los avances del progreso y que sus sentimientos y sus ideas no se traslucen; ese hombre sólo vive, y, en ese estado, se asemeja más a los irracionales que a la especie humana. Por el contrario, si el hombre, además de vivir existe, se eleva, se engrandece, se aparta de lo común.

La vida es prosa, la existencia es poesía.

La primera no pasa de la Tierra, allí tiene su asiento, se alberga en cualquier parte y lo mismo le da un

palacio que una infeliz cabaña; la segunda trasciende a lo inmortal.

Aquella se arrastra porque vive de la materia; esta sube a los cielos porque vive de lo ideal, porque tiende a un fin elevado y noble, como elevadas y nobles son sus tendencias.

La vida es común en tanto que la existencia está limitada, se concreta a los hombres; y, es más, entre los hombres mismos, la existencia se circunscribe a un círculo reducido.

SOLO EL HOMBRE QUE PIENSA, EXISTE.

Para vivir basta conservarse, reproducirse materialmente. Para existir no basta sólo eso, es preciso tener aspiraciones, luchar constantemente, sentir y apreciar los goces que proporcionan la verdad, la belleza, la honradez y la fama; apartarse del nivel común para elevarse en aras de la gloria y trascender a lo inmortal. ¡Esa es la existencia!

La vida concluye en la sepultura.

La existencia no tiene límites, no concluye nunca!

Del hombre que vivió y existió, muere la materia, su cuerpo es enterrado por razón de higiene; pero su existencia continúa y la posteridad le cuenta siempre en su seno; le tiene vivo, le inmortaliza, porque allí tiene su obra, y en ella está el espíritu de

su vida que no perece nunca, porque su obra es perdurable.

Tratemos de imitarle; no vivamos por vivir. Hagamos por existir también, procuremos que de la trayectoria de nuestra misión en la Tierra, quede una huella luminosa que nos permita existir aun después de muertos.

AH! LAS HORMIGAS!

(HISTÓRICO)

ALLÁ, en San Vicente, en aquél pueblo que ha sido cuna de tantos hombres notables por su acción patriótica, por su saber profundo y por muchas otras razones; en aquél rincón querido de nuestra Patria, vivía antaño, una familia de escasos recursos, pero de carácter noble, como amasado en el crisol de la más pura hidalguía.

Uno de los vástagos de esa familia, estaba aún muy joven, era casi un niño; pero de esos niños con aspiraciones de hombre formal: un niño viejo, como si dijéramos, dada su peculiar precocidad y sus dotes nada comunes. Aquél jovencito era el orgullo de la familla, quien gozaba viendo los buenas inclinaciones del niño, las cuales tendían todas al campo insondable de la ciencia, y se presagiaban para él muchos laureles, mu-

chos honores y quién sabe cuántas cosas más, que andando el tiempo y para honra nuestra, se convirtieron en la más evidente realidad.

Entre las cultas y provechosas diversiones a que el niño se entregaba, a guisa de sport, se contaba la pintura, en la que sin haber recibido lecciones de ningún maestro, se ejercitaba con verdadero entusiasmo y con inspiraciones tales, que podían competir con las de los mejores discípulos; y eso que, como decíamos antes, siendo la familia de escasos recursos, mal podía complacerle poniendo en sus hábiles manos los elementos necesarios para que se ejercitara con mayor facilidad en ese arte excelso, nunca bien ponderado.

Aquel jovencito, objeto de estas mal perfiladas líneas, tuvo en cierto día una inspiración de las muchas que su ingenio le creara. — Se propuso estampar en el papel, con los coloridos adecuados, una especie de ramillete de flores silvestres, colocado en un jarrón rústico de los fabricados con barro por los indígenas del pueblo.

Para llevar a cabo su propósito empleó las pinturas que en una cajetilla tenía, requirió sus pinceles, preparó el papel y con el ardor del entusiasmo por el trabajo, signo que

siempre le caracterizó, emprendió su tarea en una mañana de tantas. Era época de vacaciones.

Trazó algunos perfiles, delineó algunas flores y con su natural entusiasmo, cada vez más creciente, iba transmitiendo al papel poco por poco, aquella inspiración que germinara en su genial e incipiente cerebro.

Durante su labor, el pintorcito, como si alguna vez hubiese estado en el estudio de algún maestro, con mucha parsimonía se retiraba del caballete, a distancia prudencial, para observar la marcha de su trabajo y corregir en seguida los errores que notase.

El ramillete quedó concluido a los dos días y en él se destacaban con toda su belleza silvestre las flores del campo. — Se hace necesario decir que el amarillo era el color que más se distinguía, sin duda porque el novel pintor había escogido, al acaso, aquellas flores silvestres que más abundan en nuestras praderas y que por su color amarillo se hacen notar a primera vista.

¡Oh! qué hermoso ramillete! — se dijo en el colmo de su entusiasmo, contemplando su obra, — qué perfección de flores y . . . nada que el cuadro está hecho y como a mi juicio nada deja que desear, lo colocaré en un marco y lo pondré en el lugar

más visible de la sala. Papá admirará, no hay duda, mi labor y la mejor recompensa que le pediré, si es que la merezco, y él la ofrece, es una cajita de pinturas surtida. Sí, ese será el premio de mi trabajo.

El joven pintor cubrió con un papel su trabajo, lo colocó con mucho cuidado en la gaveta de su mesita de labor y fuese en busca de un marco digno de su famoso ramillete. —Entre los chécheres viejos encontró un antiguo y deteriorado cromo que aun conservaba su marco primitivo en buen estado.

—Este está bueno—se dijo—aquí colocaré mi ramillete, y ya veremos qué impresión le causa a papá.

Los restos del cromo fueron desprendidos del marco, que después de recibir una buena frotación con gas, sirvió para el ramillete de marras.

Instantes después el cuadro quedó enclavado en la pared al lado de unas fotografías de familia. El pintor quedóse extasiado en la contemplación de su obra, y no sintió los pasos de un sujeto que se le acercaba.

—¿Qué haces en esa actitud, hijo mío?—le dijo el sujeto poniéndole una mano sobre el hombro.

—¡A! papá, contemplaba de lejos mi hermoso ramillete . . . . . ese que veis allí y señaló el cuadro.

—Pero, ¿tú has hecho eso?

—Sí, de ayer a hoy.

—Mucho me place, Darío, — le dijo su padre, —que te ocupes de esa manera y te encarezco que prosigas, que continúes ejercitándote en esa clase de estudios.

El cuadro quedó colocado en el sitio en que lo pusiera Darío, quien durante el resto del día y aún por la noche, antes de acostarse, dió algunas pasadas por la sala con objeto de observar su trabajo.

Lleno de satisfacción por haber logrado su objeto y soñando con buenos elementos para hacer nuevas y mejores obras, quedóse dormido.

Al día siguiente, tan pronto como le fué posible, se dirigió a la sala y ..... ¡oh sorpresa!

Su cuadro, su ramillete que tanto alabara entre sí mismo, el día anterior, aquel primer ensayo que arrancara de su padre palabras de encomio ..... aquél famoso ramillete, yacía transformado casi por completo!

—Pero que será, Dios mío—prorrumpió lleno de tristeza el joven Darío—o yo estoy alucinado o a mi trabajo le han hecho alguna travesura, porque observo que en todas las partes en donde puse color amarillo éste se ha trocado en negro y

el efecto se ha cambiado por completo. — Pondré la queja a mi padre.—

Y sale todo cariacontecido en busca de su padre a quien le dice en viéndole:

—Ven papá, ven por favor, a mi cuadro de ayer le han hecho travesuras, ven a verlo cómo está.

El padre de Darío enderezó sus pasos para complacer a su hijo y al entrar dirigió la vista al cuadro.

—En efecto, dijo, tu cuadro está transformado, es necesario averiguar quien ha hecho semejante travesura ..... pero ..... aguarda ..... ¡qué cosa tan rara!

El padre del novel pintor se acercó al cuadro y después de observar un momento se volvió a su hijo diciéndole:

—¿Qué clase de pinturas has empleado para hacer tu trabajo?

—Las pocas que tenía la cajetilla que en los exámenes públicos de la escuela me dieron como premio.

—Pero las tenías completas?

—No señor, faltaba el color amarillo.

—¿Y cómo has hecho para dar ese colorido a tu cuadro?, porque yo recuerdo que esas florecillas que hoy se muestran negras, ayer estaban de un amarillo subido.

—Es verdad, ese color lo conseguí disolviendo en aceite algunas yemas de huevo.

—Ahí tienes explicado el motivo de la transformación, todas aquellas partes en donde pusiste el color amarillo se han ennegrecido; pero ven .... acércate más....¿que ves?

—¡Ah las hormigas!

—Sí, son hormigas que, durante la noche, han llegado a comerse el huevo con aceite que tú ocupaste, y para que en lo sucesivo no ocurra lo mismo, hoy mismo te compraré una caja de pinturas de buena calidad con surtido completo.

El joven Darío batió palmas y olvidó el percance de su ramillete.

***

El anterior episodio ocurrido a nuestro inolvidable Maestro Dr. don Darío González, en su tierna juventud, me fué narrado por su hijo querido don Alfredo, aquél hombre de alma grande que no pudiendo resistir el peso abrumador que la muerte de su padre le debía ocasionar, se le anticipó en el viaje eterno.

Ocho días antes, ignorando la proximidad del momento de suprema desgracía, don Alfredo que para mí, co-

mo para todos aquellos a quienes llamaba amigos, tenía el corazón abierto, me decía, muy apesadumbrado:

—Mi querido amigo, presiento en el alma una profunda desgracia, mi espíritu se conmueve y creo que voy a sucumbir ante los decretos inmutables de la suerte. Soy hombre, pero me considero un niño, porque aún no he vivido lo suficiente para soportar con valor estoico la carga de la vida en ausencia de mi amoroso padre, y por eso, cuando encuentro un amigo, siento verdadero desahogo en el corazón contando algo de ese hombre que me dió el sér y que ha agotado todas sus energías por difundir sus luces en el cerebro de todos sus discípulos.

¡Pobres de nosotros que perdimos para siempre aquella fuente inagotable de saber y de bondad!

PARÁBOLA DEL LABRADOR

LA HEREDAD DE LOS CINCO HERMANOS

En cierto tiempo y lugar, que para el caso no es necesario mencionar, existió una familia compuesta del padre y cinco hijos varones, todos menores de edad, contando el mayor apenas once años y el menor dos. La madre expiró al nacer el quinto, por manera que ya puede calcularse cuán afanosa sería la vida del viudo, obligado por el destino a cuidar de la crianza de aquellos pequeños niños.

Afortunadamente para él, había logrado, antes de quedar viudo, procurarse con su constante trabajo y mediante un bien entendido sistema de vida económica, una fortuna regular con la que compró, algunos días antes de que desapareciera la compañera de su vida, un terreno como de cinco caballerías de extensión, inculto y montañoso. Con lo que

malamente le producía, pudo cumplir el imprescindible deber de cuidar a sus tiernos hijos.

Pero el dueño de aquel labrantío se cuidó poco o nada de la educación de los cinco niños, a quienes dejó crecer sin más condición que la del respeto y obediencia, dedicándose, tan luego como las circunstancias se lo permitieron, al cuidado y cultivo de su posesión; y trabajó con tal esmero y con tanta inteligencia, que bien pronto comenzó la dehesa a dar mayores rendimientos.

La suerte estaba de parte del agricultor, pues todo le salió a pedir de boca; en los primeros meses de su trabajo logró conseguir que las tierras de labor estuviesen en condiciones de fructificar; emprendió con suma actividad los trabajos de corta y poda en la parte del fundo en que los árboles se hallaban apiñados; removió gran parte del terreno propio para ararlo y regó la mies. Con los primeros productos compró algunas reses, construyó la guarda del ganado, formando atajos de regular tamaño, proveyó toda la posesión de las seguridades necesarias; en fin, hizo cuanto pudo por mejorar las condiciones del terreno, haciendo de él un sitio hermoso, pintoresco y, sobre todo, sumamente útil, si bien es verdad

que su topografía no podía ser mejor, hallándose bañado por dos riachuelos, uno hacia el Norte y otro hacia el Sur.

El labrador construyó, con buenas maderas, sacadas de las cortas de árboles, una espléndida casa dotada de todas las comodidades. Con estas mejoras los rendimientos anuales excedían cada vez más, empleándolos en agrandar, poco por poco, sus tierras hasta doblar el número de caballerías, en cinco años consecutivos.

Entre tanto, los hijos fueron creciendo sin ninguna cultura, y edificados por el ejemplo paternal se dedicaron con ardor a la labranza, llegando a ser ellos los más inteligentes secundadores de los planes del padre. Ellos recibían al fin de la semana su jornal correspondiente, como cualquier otro de los tantos peones que en la heredad trabajaban; y natural es pensar que siendo ellos los hijos del dueño de aquellas posesiones, tarde o temprano tendrían que llegar a poseerlas por partes iguales.

El padre, hombre austero y de carácter recto por naturaleza, jamás tuvo con ellos ningún disgusto personal, pues habia sabido implantar en su posesión una disciplina ejemplar, siendo respetado y obedecido por todos con una sumisión extraña en los hombres del campo, que por lo

general son díscolos, voluntariosos y soberbios. ¡Ah!, pero él había sabido escoger sus gentes de servicio y jamás hubo una ligera riña entre los trabajadores, colonos y demás habitantes de aquellas tierras. Se podía decir con alguna propiedad, que aquel hombre era en la heredad, un rey absoluto dueño de haciendas y voluntades.

El tiempo pasaba y la edad iba avanzando.

Y llegó la época en que nuestro labrador comenzó a sentir cansancio y a quejarse de las fatigas; los achaques propios de su edad fueron tomando ensanche en su gastado organismo. Todas las mañanas se le veía envuelto en hermosa capa de lana, tomar un buen vaso de leche acabadita de ordeñar; empero, una mañana del mes de diciembre, con sorpresa general, se notó que faltaba a sus costumbres.

Bien hubieran querido volar, no sólo los hijos si que la gente toda, al borde de su lecho para enterarse de su salud, pero la austeridad de que estaba revestido les contuvo y esperaron para más tarde conocer la causa de aquella falta.

Por su parte, el labrador había pasado toda la noche sufriendo intensos dolores de carácter reumático, que fueron desapareciendo hasta que

el sol comenzó a lanzar sus vivificantes rayos. Cuando se hubo sentido en condiciones de poder andar, se vistió y salió a dar un corto paseo, usando por primera vez el bastón.

Los dolores continuaron presentándose cada vez más fuertes y fue decayendo paulatinamente su ánimo dando cabida al desaliento. Le visitó un médico, recetó, pero todo fue en vano; la providencia había ya decretado su muerte . . .

Previendo el caso, hizo llamar a un abogado con quien se encerró en su pieza de habitación a redactar, en presencia de dos trabajadores de su entera confianza, su testamento. En aquel documento hizo constar que la finca, con todo lo que a ella correspondía, sería repartida por partes iguales entre sus cinco hijos, al expirar el primer año de su defunción; que durante ese tiempo ejercería el cargo de tutor su hijo mayor, para quien, por esa y otras circunstancias, exigía todo el respeto y obediencia que a él se le guardaba. Llenada esa formalidad se dispuso a pasar lo mejor que pudo sus últimos días, que no fueron muchos, porque en uno de tantos, apaciblemente, abandonó para siempre este mundo engañoso y cruel!

* * *

Hacia el Norte de la finca que hemos descrito se hallaba ubicada una hacienda de grandes dimensiones, propiedad de un individuo también laborioso é inteligente, pero mucho más poderoso que el labrador del cuento. Ese rico hacendado comenzó por entablar relaciones de todo género con el de la heredad, le hizo varias proposiciones, le envió muestras de los mejores productos de su suelo y de su industria, excitándole para que hiciese otro tanto con las que se producían en su fundo, a fin de conseguir hasta donde fuere posible el acercamiento de las dos propiedades, por medio de la reciprocidad amistosa y continua; pero jamás cruzó, hasta entonces, por la mente de aquel poderoso hacendado la idea de apropiarse de las tierras de nuestro labrador; todo lo contrario, demostró siempre que su amistad era verdadera y lo demostró con hechos porque viéndole trabajar pacíficamente en unión de sus hijos, le proporcionó en más de una ocasión, los medios de poder llevar a cabo algunos de sus planes; fueron, pues, lo que se llama *grandes y buenos amigos.*

A la muerte del dueño de la finca su hijo mayor tomó posesión de las propiedades en calidad de tutor.

Cumplido el primer año de luto, se procedió a cumplir el testamento; el Juez hizo la partición de bienes, tocando a cada uno dos caballerías de terreno con sus correspondientes semovientes, herramientas, &, &; mas como los otros cuatro hermanos aun eran menores de edad fue nombrado, judicialmente, tutor de ellos el mayor.

El rico hacendado del Norte, hizo presente al nuevo dueño o guardador de las cinco porciones de terreno que aún permanecían unidas por la razón antedicha,—que deseaba seguir cultivando las relaciones de amistad y comercio que antes tenía con su antecesor, a lo que accedió el nuevo dueño de la dehesa unida.

Y aconteció que por este tiempo los colonos de aquella inmensa hacienda del Norte empezaron a emigrar a la heredad de los cinco hermanos, con el pretexto de enseñarles ciertos procedimientos para la elaboración del queso o del azúcar, para el cultivo de la caña, del cacao o del café; en fin, para lo uno o para lo otro, es el caso que al poco tiempo, ya se vieron algunas construcciones distintas de las que usaban los nativos de la finca. Los hermanos, también, comenzaron por este mismo tiempo a cansarse de aquella tutela y empezaron a formar planes de separación,

exigiendo, del mayor, la entrega de sus propiedades, arguyendo que ellos tenían la suficiente edad y la capacidad necesaria para administrar por sí mismos sus bienes. El mayor, con suficiente criterio y aconsejado del rico hacendado del Norte, que sabía la situación por sus colonos, hizo ver a sus hermanos la conveniencia de mantenerse siempre unidos para obtener mejores resultados; pero todo fue en valde, porque la ambición habíase introducido ya en el corazón de ellos y no admitían excusa alguna.

Las demarcaciones estaban hechas; mas como el Juez no había dicho a quién pertenecía tal o cual porción de terreno, los hermanos descuidaban sus trabajos con la idea de que tal vez se estaban afanando para que el otro de ellos gozara del producto de esos afanes. Frecuentes eran los diálogos cortos como éste:

—Aquel cañaveral de junto al atajo de cabras se está secando porque tú no te cuidas de regarlo.

—Ciertamente, pero yo he notado que del corral de aves se han desaparecido algunos pavos y otras tantas gallinas y que puesto que tú, que siempre tuvistes a tu cargo la vigilancia de él, no te cuidas ahora de los animales, señal es de que te importa poco, sin duda porque presu-

mes que a tí no te quedará esa porción; bien está: ya veremos cuál será lo de cada uno. . . .

—Quieres callar embustero? No sabes que yo he sido siempre el de todas las fatigas?

—Calla tú, no me insultes porque estoy resuelto a no dejarme insultar de nadie. ¿Sabes?

Estas y otras disputas se suscitaban casi a diario y muchas veces en presencia de algunos de los colonos de la hacienda del Norte, quienes se encargaban de hacer llegar la noticia a su señor y amo, quien inmediatamente se dirigía al hermano mayor insinuándole la conveniencia de hacer entrar en razón a los demás hermanos. Estas excitativas y recomendaciones amistosas eran atendidas con gusto por el representante de la finca, pues procuraba por todos los medios que estaban a su alcance, evitar tales disputas. Y acontecia que era imposible contenerlas, antes bien con ello se exacerbaban los ánimos y se empeoraba la situación.

* * *

Por fin, un día, cansados de tanto disputar, cada uno de ellos por su parte se aconsejó de un abogado y arreglaron el reparto legal, yendo el

Juez a poner en posesión a cada cual, de la parte que le correspondía.

El rico hacendado del Norte sonrió cuando supo que se había verificado ya la separación de los cinco hermanos y que cada uno gobernaba su parte de tierra y administraba sus bienes. Esto va bien se dijo — frotándose con placer las manos — esto va bien; ellos seguirán en las reyertas y yo procuraré que gasten todo el dinero que sea posible, a fin de comprometerles por ese medio; mis colonos, bien instruídos, harán lo que yo les ordene y de grado vendrá a mis manos la posesión de esa pintoresca y hermosa finca, que por desgracia para ella, se halla hoy dividida en cinco pequeñas secciones débiles é indefensas. ¡Veremos! ¡veremos!

Al dia siguiente mandó escribir cinco cartas del mismo tenor, una para cada hermano, expresándoles sus deseos de continuar estrechando relaciones de amistad y comercio, etc., tal como lo había hecho desde tiempos atrás cuando era una sola posesión. Los hermanos, que hasta entonces comprendieron la necesidad de saber leer y escribir para poder enterarse por sí propios, tuvieron que ocurrir a los colonos, que eran los únicos que sabían hacerlo y éstos redactaron a su gusto las contestaciones.

Al principio todo caminó bien. Los hermanos se dedicaron al cultivo de sus tierras, los colonos del norte siguieron ensayando nuevos procedimientos, y parecía que el progreso había vuelto a entrar en las cinco pequeñas heredades, y al poco tiempo comenzaron a verse los rendimientos; unos tuvieron suerte y progresaron bien pronto, otros se disiparon en holgorios y fiestas descuidando sus tierras, que se volvieron improductivas; resultando: que unos pretendían quitar a los otros algo de lo bueno que tenían, suscitándose con ello contiendas y disputas, a grado de armar peloteras entre los habitantes de una y otra posesión, por tal o cual cosecha de maíz o de café.

El dueño de la hacienda del norte aparentó interés por meter paz entre los hermanos, quienes constantemente estaban armando escándalos por cualquier motivo. Todo consejo, toda advertencia resultó ineficaz; ellos continuaban derramando su sangre y perdiendo el tiempo inútilmente en guerras fratricidas. En ocasiones se lograba firmar entre ellos pactos de amistad fraternal, que a lo mejor se rompían para volver a las cargas de siempre. . . .

Debido, pues, a estas continuas reyertas los hermanos descuidaron el

cultivo de sus respectivos terrenos, la agricultura quedó relegada, las milpas arrasadas, los cafetales inutilizados; y fue entonces que los colonos del norte empezaron a mostrar sus deseos de facilitar a sus hermanos el dinero que ellos necesitasen. En efecto, no desperdiciaron la ocasión y pronto anduvieron en préstamos de dinero que derrochaban en la seguridad de obtener otros empréstitos, hipotecando ya sus rentas, ya pequeñas porciones de terreno, gravando con ello poco por poco la propiedad; hasta que un día se les citó ante el Juez, y este funcionario les notificó que las cinco fincas estaban embargadas a favor de los colonos del norte por cantidad de pesos é intereses acumulados.

Los hermanos alegaron cuanto pudieron, pero todo fue inútil, el embargo estaba legalmente trabado y no quedaba otro recurso que conformarse. La conformidad es una virtud que pocos tienen, y los cinco hermanos, lejos de enmendarse y hacer esfuerzos por libertar sus propiedades, continuaron disputando y guerreando y los colonos dando más dinero para fomentar aquella incorrecta conducta.

Y llegó el día fatal. . . .

Cuando más empeñados estaban en destruirse mutuamente los cafetales

y viñedos, se presentó el Juez y notificó a cada uno de ellos que las cinco fincas serían vendidas en subasta pública para cubrir con el producto de la venta lo que ellos adeudaban a los colonos del norte. El caso era perdido, las posesiones se subastaron y fueron adjudicadas al poderoso hacendado del norte, quien pagó las deudas y designó un montero mayor que administrase las cinco fincas juntas. ¡Así terminaron las continuas peloteras de los cinco hermanos!

DIVAGACIONES SOBRE LA MUJER

ENTRE los misterios de la creación existe uno que, en el sentir de muchos sabios, ha sido ya definido, pero que, en mi modo de entender, sigue siendo un problema y lo será eternamente.

Se trata de nuestra compañera.

De ese sér que viene a constituír, algo así, como nuestro complemento; porque la mujer es lo que no es el hombre; la mujer tiene lo que no tiene el sexo fuerte ni puede tener, pero que le hace mucha falta en el transcurso de la vida.

Muchos hombres ilustres han dado ya infinidad de opiniones acerca de la mujer; empero, con ello no han conseguido otra cosa que llegar a comprender, a medias, lo que es la mujer.

Sabio ha habido que ha dicho con muchísima razón, que la mujer es un

libro que consta de tantos tomos como ejemplares del sexo bello hay en el mundo; que los hombres podrán leer un tomo, si acaso, dos o tres durante su vida; pero que jamás podrán llegar a leer la obra completa.

Quiere decir, pues, que de la obra entera, sólo tenemos facultad y tiempo para leer algunos tomos, lo cual no dará sino una idea incompleta de lo que es ella. De ahí que no podamos definir en concreto lo que es la mujer.

Indudablemente ese sabio estuvo en lo cierto al afirmar lo que expuso, toda vez que las opiniones que a cada momento se oyen respecto de tan hermoso ejemplar de la creación, son todas opiniones diversas y distintas.

¡Claro está!

Cada cual externa su parecer de acuerdo con lo que ha leído en el tomo que le cupo en suerte.

Hay hombres que han tenido en sus manos muchos, muchísimos tomos de ese grandioso libro; pero sólo los han hojeado. Apenas han leído la carátula y los han lanzado en manos de otros hombres quienes tal vez se han entretenido con ellos algunos días: ¿qué idea pudo haberles quedado? Ninguna.

En estas divagaciones caminaba hace pocos días en dirección del Par-

que Dueñas con objeto de oír el concierto dominical, y de pasada, contemplar en ese bello y enorme escaparate, todos los tomos que, con vistosos trajes, ocurren para ser contemplados por los hombres ávidos de leer en ellos.

A la entrada del Parque tropecé con tres amigos míos que, sonrientes y felices al parecer, me saludaron con marcadas muestras de cariño y me invitaron a tomar asiento en una de las bancas del Parque.

Allí departimos acerca del tema eterno: la mujer.

Y era natural, la veíamos desfilar ante nuestros ojos y ¿cómo no hablar de ella?

— Precisamente — les decía yo — hace poco venía filosofando acerca de la mujer; y después de contarles la opinión del sabio que compara a la mujer con un libro, agregué: la verdad es que no acierto la manera de definirla, yo podría hacer a ustedes el panegírico de dos o tres que he conocido de cerca, pero eso no sentaría jamás una regla general e invariable. Eso sí, debo confesarles categóricamente y con toda dignidad, que del grandioso libro a que la humanidad ha dado por título *La Mujer* he leído un solo tomo digno de especial mención. En él he encontrado escenas de amor inconmensu-

rable, pasajes de ternura infinita y celestial. Este tomo fue para mí (y digo que fue porque el destino fatal me lo ha arrebatado) fuente inagotable de bondad, en él bebí la sabia de la vida, él me fecundó con su calor vivificante; los mejores días de mi existencia fueron los que pasé a su lado; sus labios, que eran para mí hermosas páginas, se abrían siempre para dar paso a frases de amor y de consuelo. En ese libro aprendí a amar lo sublime, a respetar la virtud, a desear el bien y a apartarme del mal. . . .

— Dinos, ¿cómo se llamó ese hermoso libro que tan bellas enseñanzas te dejó?

— ¡Mi Madre!

— ¡Ah! prorrumpieron todos descubriéndose la cabeza, acto que les agradecí en el alma, pues, comprendí que lo hacían con toda sinceridad, demostrando, así, que es la única mujer que merece toda clase de consideraciones.

— Bien, dijo uno de ellos, apartemos a nuestras queridas madres que son las únicas que nos merecen todo respeto y veneración y hablemos de la mujer en general.

Uno de mis amigos sacó su tabaquera y nos brindó un cigarrillo: más, como viera yo que ellos carecían de

fósforos, saqué mi caja y raspé uno con tan mala suerte, que la cabecilla se desprendió del palito y no produjo luz. Esto ocurrióme varias veces y mis compañeros riéndose exclamaron a una voz:

— Esos fósforos son *quema-bigotes*...

— Son de mala ley.

— Son *paisanos*.

Por fin, la luz se hizo y todos encendimos nuestros cigarrillos.

— Se me ocurre una idea, les dije, ustedes quieren que hablemos de la mujer; pues bien, establezcamos comparaciones como la del sabio que la comparó con un libro; y, para ello, les sugirieron la peregrina idea de compararla con el fósforo, ¿qué les parece?

— Brillante, pero comienza tú.

— Allá va; yo creo que la mujer es un fósforo que con el menor roce que tenga se enciende y que puede, con su llama, producir un incendio en el espíritu del hombre; incendio devastador para el cual no sirven todas las bombas del mundo; y así como hay diferentes clases de fósforos, asi también hay diferentes especies de mujeres cuyo fuego, una vez encendido, es más o menos peligroso; tenemos mujeres como fósforos de madera, o de cerilla o de yesca.

— Es muy cierto, dijo uno de ellos, voy a referirles mi caso. Conozco

una joven a quien enamoro desde hace algún tiempo sin haber conseguido de ella una sola promesa. Es delgada, de estatura mediana, bastante agraciada, de temperamento meláncolico, algo nerviosa, de sonrisa apagada, de poca animación en sus ojos, de semblante sin expresión, habla poco, es celosa aunque aparenta no serlo. No obstante, la quiero mucho y creo que esa mujer es un fósforo de madera, que me costará mucho encender. Seguiré raspándolo hasta que haga luz, pero pienso que esa luz no durará un segundo y a lo mejor acabará con mi paciencia.

— Yo conozco otra, dijo el segundo, que es coqueta, gasta amoríos sin cuento, a veces se muestra espiritual, galante; otras veces se le encuentra irascible; todos sus amigos, según su modo de pensar, están enamorados de su persona. Da cita en distintas horas a sus muchos novios, pero ocurre solamente a la que le agrada; pasa su vida junto al espejo y el balcón de su casa, es el campo de operaciones. A esta mujer la comparo yo con un fósforo de cerilla, basta restregarlo suavemente para que encienda y su luz es suficiente para iluminar muchos corazones, y aun creo que le quedará algo para un caso imprevisto y tal vez urgente. Yo,

si me propongo a que sólo a mí me alumbre, trataría de apagarlo. Esto bastaría para tenerlo siempre encendido. . . .

— No comprendemos. . . .

— Para una coqueta no hay incentivo más poderoso que la contrariedad.

— En cuanto a mí, dijo el último, he sido presentado con una jovencita sentimental, que tiene el alma llena de poesía, que abriga en su tierno cerebro recuerdos de amores novelescos, que desdeña la prosa de la vida y que su único anhelo es vivir en las ignotas regiones de un amor grande, desconocido para ella. A esta mujer la comparo yo con un fósforo de yesca: el que lo raspe ligeramente lo encenderá y su luz se irá apagando muy lentamente sin producir llama y sin que los vientos del infortunio logren apagarlo.

En esto terminó el concierto y todos nos despedimos pensando en tales opiniones aisladas y de ningún valor para aquel que no las quiera aceptar.

EL GRITO DE UN ANGEL

I

Como de costumbre he ido hoy a visitar a mi amigo predilecto.

Le encontré taciturno, melancólico y pensativo.

¿Qué le pasaba?

Sólo él conocía la causa de su estado de ánimo, sólo él sabía cuáles eran sus recónditos pesares!

Su serenidad habitual y su amabilidad característica habían desaparecido para dar lugar a la meditación, al ensimismamiento.

Le hallé sentado en una silla mecedora, pero sin recostarse, inclinado hacia adelante, con los codos sobre los muslos y la frente apoyada en las palmas de las manos.

Mi primera intención fue interrogarle sobre el motivo de su estado; pero me detuvo la idea de que, tal vez, en

aquellos momentos, su imaginación vagaba por ignotas regiones, y le causaría mucha pesadumbre que mi interrogatorio le volviese a su estado normal.

Tomé asiento algo lejos de él y esperé.

Mi temperamento es de tal naturaleza, que no me permite permanecer inactivo por mucho tiempo, y sentí la necesidad de moverme, de hacer algo, de hablar y . . . . .tosí!

Mi amigo levantó la cabeza y con semblante demudado y lágrimas en los ojos, me dirigió una mirada extraña, indescriptible y profunda.

—¿Qué te pasa? articulé algo intranquilo, viéndole los grandes surcos que tenía en la cara y que denotaban una larga y penosa noche de insomnio.

—Acerca la silla y escucha.

Le obedecí. Cuando me tuvo muy cerca, se expresó en estos o parecidos términos:

II

¡Mi esposa es un angel!

Yo siento por ella una pasión intensa, rayana en idolatría; y, ¡bien se lo merece! . . . ¡es tan amable, tan buena y tan cariñosa! ¡ah! cuán feliz me siento a su lado! . . . junto a

ella, el mundo con todo su cortejo de maravillas y de bellezas, es nada para mí, ella lo constituye todo.

Tú sabes, amigo querido, que hará pocos días tuvo mi amada esposa, la galantería de brindarme un angelito que ha venido o llenar de alegría y de esperanzas halagüeñas mi hogar. Esa criatura que lleva en sus venitas sangre de mi sangre es hija de ella y. . . . ¡oh, dicha inefable! es también hija mía. . . . ¿lo oyes? hija mía! Su personita angelical en medio de nosotros, semeja un lazo fuerte, indestructible, que nos une más, que nos estrecha más y más!

Si antes de que ese angelito viniese a mi hogar, yo amaba con pasión a mi adorada esposa, ahora que mis brazos balancean dulcemente ese cuerpecito de oro, siento por ella, por la madre, una verdadera idolatría.

Un pequeño gemido de mi hijita es un golpe rudo, doloroso, asestado en medio de mi corazón; pero su inmovilidad, su sueño reposado y tranquilo me causa también dolor, porque me parece que se ha quedado dormida y que así estará siempre!

Velo sin cesar!

Cuando ambas reposan, yo cuido de que nadie ni nada interrumpa la calma. . . . ¡Así soy el más feliz de los mortales!

¡Ah!; pero la vida tiene sus intermitencias de dicha y de pesar! . . .

III

Tengo un año de ser casado.

Sin embargo, creo que aun no ha expirado el día de mis bodas.

A ella la contemplo todavía radiante de hermosura, con su velo de novia, blanco como el alma de un angel.

Su semblante ideal, su albo vestido y una aureola de virtud y castidad la hacen aparecer ante mis ojos, tan deslumbrante, como una sublime visión creada únicamente para inmortalizar mi amor.

Nada ha turbado mi felicidad por que son cortos, muy cortos, los momentos que para mí han trascurrido desde que tengo la dicha de llamarla *esposa mía*.

Ella me ama!

Y desde el primer momento, mi alma y la de ella, unidas estrechamente, confundidas en una sola, vagan por mundos desconocidos, por regiones etéreas, en pos de un ideal también desconocido.

¿Cuándo tornarán a nuestro sér?

Lo dudamos. Sin embargo, ello nos proporciona una indecible felicidad.

IV

Es el día de mis bodas.

La veo aún sorprendentemente hermosa, una hermosura ideal, sin par; su corona de azahares colocada, por manos delicadas, en su cabeza de angel, sujeta el blanco velo que, al cubrirla toda, indica, denota la pureza de su alma y la castidad de su cuerpo de virgen!

La veo aún, al pie del altar en donde ha pronunciado el ansiado ¡Sí!; hace unos instantes ha jurado ser mi esposa! Aún repercuten en mis oídos las promesas de fidelidad que escuché de sus labios de jazmín.

El aromático humo del incienso aún nos envuelve y las dulces y alegres notas del *te deum* resuenan por todos los ámbitos del Templo.

La misa ha concluído. Y ambos, precedidos de las personas que nos acompañan, salimos de la Iglesia.

Llegamos a la casa, la fiesta empieza, sigue, continúa y entre los expresivos brindis y los aplausos que nos prodiga la amistad, el día termina y con él se concluye la fiesta y la concurrencia se despide.

Estamos solos, ¡solos! ¡al fin!

¡Cuanta belleza!

Ella está de pie en el centro de la sala; al fondo, hay una puerta medio cubierta por una cortina de tul, al través de ella y merced a los resplandores del sol que debilitados penetran en la alcoba, se distinguen los muebles y en medio de ellos. . . . . el *lecho nupcial de mis amores!*

Torno mi vista hacia ella y la veo deslumbrante, con su blanco vestido y su albo velo, los cuales caen perpendicularmente sobre el piso que se halla cubierto, a su rededor, de nardos y de adelfas, de azucenas y estefanotes cuyo perfume exhalado con prodigalidad, la inunda.

De pronto el cielo de mi dicha se cubre de densos nubarrones.

Al través de las ventanas veo cruzar el espacio, en raudo vuelo, un cuervo negro, muy negro, tan negro, como una noche de hambre y frío.

Mi espíritu se conmueve y un hálito de tristeza circunda mi hogar, todavía virgen de toda concupiscencia.

Presiento que algo doloroso me espera.

—¡Amor mío! exclamo con ansiedad indescriptible.

Ella sonríe y. . . . elevándose poco por poco, va llegando hasta tocar con su corona de azahares el techo de la habitación.

Siento ligeros vértigos.

Y extasiado la contemplo. Mi éxtasis llega al colmo cuando con ojos espantados y lleno de admiración, veo que el techo de la casa se abre y deja libre el paso a mi amada esposa que se va, que sube, siempre sonriente.

Se eleva, se eleva y se pierde en el espacio infinito: ¡ya no la veo!

El cuervo negro, muy negro, tan negro como una noche de hambre y frío, vuelve a cruzar ante mis ojos, en raudo vuelo, el espacio infinito.

Presa de un terrible vértigo, mi razón se escapa y caigo desplomado sorbe el lecho de flores en donde estuvo de pie mi amada esposa.

V

Pasa un año.

Hay un jardín cuajado de bellas y perfumadas flores en donde se respira un ambiente fresco y aromático. El jardín está circundado por una verja de hierro pintada de azul y blanco. Ocho avenidas diagonales conducen al centro, en el cual se destaca un monumento.

Sobre un lecho de musgo, de violetas y de *no me olvides*, se levantan imponentes y majestuosas cuatro columnas de mármol blanco que sostienen una especie de urna, sobre la cual

está un ángel, en actitud de alzar el vuelo. Con una mano señala el cielo y con la otra, el lecho de flores.

Es la tumba que guarda los restos vírgenes, de mi amada!

A corta distancia hay una pileta circular, pintada también de azul y blanco; sobre los bordes se pasea una garza blanca, muy blanca, tan blanca como el alma de mi amada. La garza se entretiene en revolver el agua cristalina y pescar de vez en cuando los pecesillos rojos y azules que temerosos se esconden debajo de las plantas acuáticas que embellecen la pileta.

Todos los días recorro las avenidas, contemplo los nardos, admiro las adelfas, olfateo los estefanotes y corto las azucenas para irlas a depositar al pié de la tumba.

Allí postrado de hinojos, mi alma se desprende de mi cuerpo y traspasando los límites del universo infinito, se transporta en raudo vuelo hacia el lugar donde mora el alma de mi dulce amada.

Esta vez tengo en mis brasos la garza blanca, muy blanca, tan blanca como el alma de mi amada. Es mansa y se deja acariciar. De rodillas ante la tumba elevo preces y acaricio dulcemente a la garcita blanca que semeja el alma de mi esposa.

De pronto mi espíritu me abandona, mi alma se va!

Y presa de terrible vértigo, estrecho fuertemente contra mi pecho a la garza que, dañada, lanza un quejido, un quejido que es un grito de angel, grito que resuena claramente en mis oídos y que me hace volver a la vida.

Despierto y contemplo a la hija de mi corazón que, llorosa, yace en mis brazos!

Durmiéndola, me había dormido!

He velado tánto!

¡PATRIA!

¡MADRE amantísima que habéis dado vida y aliento a tanto corazón viril! Yo os saludo con el entusiasmo filial del hijo que conoce el tesoro de vuestras excelsas bondades!

¡Vos, que durante tantos años habéis experimentado, día por día, contratiempos indescriptibles, con paciencia *Jobiana*. Yo os reverencio!

¡Vos, que habéis llorado amargamente en silencio y sin protestar, sin cansancio y sin rencor, los insultos y vejámenes de vuestros hijos descarriados! Yo os venero.

¡Vos, que habéis sentido en mil ocasiones, vuestro regazo bañado con la preciosa sangre de esos seres humildes que labrando vuestro rico seno, extraen de él la mies que nos da la vida a todos! Yo os alabo!

Y al considerar lo mucho que por culpa de vuestros propios hijos habéis

sufrido, sufro contigo, admirando en vos, la excelsitud de vuestras virtudes!

Pero al comparar esos sufrimientos y esas ofensas con elacervo de bondad y de riqueza que en vuestro seno existe para todos nosotros, sin distinción de clases ni de familia, mi corazón se expande; y, lleno de gratitud y de veneración, me inclino ante vos, para cumplimentaros en este grandioso día, en que el Sol de la Libertad alumbró con sus extensos y luminosos rayos todas vuestras regiones que, vírgenes de toda concupiscencia, han procreado: ora hijos dotados de tanta sabiduría que han logrado honrar vuestro nombre, inscribiéndolo en el catálogo de las naciones civilizadas; ora seres laboriosos que con afán tesonero han llegado a descubrir inmensas riquezas escondidas en vuestro suelo querido.

Empero, no se oculta que así como en toda familia de la especie humana se producen seres de instintos contrarios, así vuestro seno, por desgracia, ha producido hijos protervos, que, olvidando todo setimiento filial, han pretendido y pretenden desmembrar vuestro venerable cuerpo, para, cual nuevos Judas, ofrecer a poderes extraños esas partes por un puñado de oro.

Para éstos, vuestro terrible anatema!
¡Oh amada Patria!

En tan amargos trances, permanecéis tranquila y amorosa, tendiendo sobre todos vuestros hijos el manto de vuestra excelsa bondad!

Mas, en este memorable día, aceptad el homenaje grandioso y elocuente que os dedicamos.

Patria amantísima, en estas horas de recordaciones nobles, yo os ruego que escuchéis el concierto armonioso de la naturaleza.

Contemplad con orgullo cómo se encrespan las olas de ambos mares para bañar incesantemente nuestras costas; y, cómo al romperse, bullangueras, contra las escarpadas rocas, entonan el himno prepotente de los mares para saludaros.

Contemplad cómo las flores multicolores de vuestros odoríferos prados y las palmas de vuestros extensos bosques se entrelazan para formar entre sí una inmensa guirnalda que os sirve de diadema imperial.

Escuchad los mil y mil trinos que los eternos trovadores de vuestros follajes silvestres modulan para endulzar con canciones amorosas de uno a otro confín, vuestros extensos dominios.

Dirigid vuestra tierna mirada a las mil cintas de plata, que murmurado-

ras recorren en delicadas y caprichosas formas, vuestro fértil suelo, y las veréis cómo ufanas recorren por distintos rumbos, las hermosas y floridas praderas, para ir a ofrendar a los mares todo el tesoro que en su decurso arrastran.

Ved cómo se yerguen orgullosos en sus bases de granito y oro vuestros volcanes, para demostrar con sus imponentes alturas, la altivez de vuestra privilegiada raza y la grandeza de vuestro suelo.

Ved cómo vuestro sol tropical lanza sobre vos sus rayos, cual inmensa catarata de luz, para convertir en oro crepuscular el verdor de vuestras montañas.

Y por sobre todo ese cúmulo de maravillas que os brinda la exuberante naturaleza con que el Dios de las Naciones os formó, contemplad vuestro cielo azul, límpido y brillante que por las tardes semeja un regio dosel recamado de titilantes estrellas que en amoroso concierto con la pálida luna, iluminan vuestros dominios en noches apacibles.

Y, si todas esas múltiples bellezas os rinden pleito homenaje ¿por qué vuestros hijos que gozan plenamente de todas esas maravillas, nó han de postrarse a vuestras plantas para demostraros el entusiasmo vehemente

que hoy experimentan y que es la manifestación más grande y elocuente del amor que por vos deben sentir?

Si ellos no lo hicieren así, ten presente que yo, el último de vuestros amorosos hijos, en amistoso consorcio con la naturaleza, entono, en este día, en loor a vos, un caluroso y entusiasta ¡HOSANNA!

15 de Sep. 1913.

POBREZA Y CRUELDAD

CUENTAN añejas tradiciones que cada vez que en la Tierra se celebra un matrimonio, en todos los ámbitos del infierno se oyen fuertes repiqueteos de peroles y todos los demonios y demonias gritan y saltan de alegría, lanzándose mútuamente grandes bolas de fuego desde sus respectivas hornillas.

¿Cuál es la razón de esta infernal algarabía? nadie la conoce; mas es el caso que esas verdaderas danzas macabras, duran lo que tardan en la Tierra las fiestas de la boda.

Y aconteció que un día celebrábanse en la Tierra más de una centena de matrimonios y..... allí fue Troya!

Ni el mismísimo Demonio mayor, el viejo Lucifer, pudo soportar aquella inmensa y atronadora bacanal.

Cuando la bulla creció de punto o mejor dicho se extralimitó, sintió rugir en su pecho la cólera y dando un

tremendo puntapié a la próxima hornilla, exclamó con voz de trueno:

—A ver si se están quietos y callados, malditos como yo!

—No podemos, —contestaron los más cercanos a él—en estos tristes momentos se están poniendo, allá en la Tierra, la zoga al cuello, más de cien prójimos y es muy justo que celebremos semejante acontecimiento!

Lucifer comprendió que tenían razón y que era imposible imponer el orden en sus dominios inmensos; y, pacientemente, tornó a sentarse en su enorme sillón de fuego.

Meditó largamente sobre la institución del matrimonio y pensó que alguien podía reprocharle el no haber cumplido con ese mandato, máxime cuando se hallaba revestido de un cargo tan elevado y prominente, rango que requería la condición de ser casado y más aun, padre de familia.

—He de casarme yo también, se dijo.

Y al siguiente día visitó el inmenso departamento de hornillas destinado a las mujeres.

Pasó revista minuciosamente a todas las solteras y viudas y no encontró una de su completo agrado.—Las había jóvenes, amables y bonitas. Unas eran coquetas, otras envidiosas, aquéllas murmuradoras, éstas vanido-

sas, las de más allá dispendiosas, en fin, la selección no podía ser más perfecta; pero él no halló una que le gustase del todo y resolvió bajar a la Tierra y escoger aquí su novia, entre las hijas de los hombres.

No tardó mucho tiempo ni anduvo tanto para encontrar la que le había de convenir.

Y héte aquí que la feliz mortal que tuvo la suerte de dar su bella mano a su Majestad Infernal, fue una hermosísima hija de Eva, compatriota nuestra, según dicen las crónicas, la que llevaba el nombre de Piedad.

Sí, Piedad era su nombre: empero ella era todo lo contrario de lo que denotaba su nombre, pues la impiedad era su distintivo.

La boda se realizó.

Los esposos vivieron muchos años en completa felicidad. Habían nacido el uno para el otro y fácilmente llegaron a comprenderse.

Aquel matrimonio tuvo dos hermosas hijas que por voluntad de su Real Padre fueron designadas con estos nombres: POBREZA y CRUELDAD.

Empero llegóse un día en que el viejo Lucifer, hastiado de vivir entre los hombres, sintió la nostalgia de su antiguo hogar y deseoso de volver a sus inmensos dominios resolvió abandonar la Tierra y dirigirse a su

Patria en compañía de su fiel esposa a quien habló de esta manera:

—Prepárate para el viaje eterno hacia nuestros dominios, pronto abandonaremos este mundo en donde me muero de hastío.

—¿Y nuestras hijas? preguntó la fiel esposa.

—Encárgate tú de encontrar marido a nuestra linda hija POBREZA, que yo buscaré el suyo a nuestra hermosa CRUELDAD; y así despacharemos pronto. Tenemos para ello solamente ocho días improrrogables; palabra de Rey.

Pasaron los ocho días y su Majestad la Reina consorte se presentó ante su Real esposo y le dijo, llena de entusiasmo:

—He encontrado un marido fiel, amante, cariñoso y solícito para nuestra hija POBREZA.

—¿Quién es él?

—Un maestro de escuela!

—Bien, muy bien; ¡que sea su eterna compañera! En cuanto a nuestra hija CRUELDAD, por no haberle podido encontrar un marido apropiado, he resuelto dejarla en el corazón de todo el género humano!

Y un fuerte huracán con muchos truenos y relámpagos tenebrosos, indicó la partida de los infernales consortes.

LA VIRTUD DEL JUEGO

I

HAS visto la alharaca que han metido las clases sociales — me decía, al otro día, un amigo con quien departíamos, sentados en un banco del Bolívar—con motivo de haberse jugado, a ciencia y paciencia de las autoridades, en las pasadas fiestas agostinas?

—Y lo han hecho con justísima razón.

—Será lo que tú quieras.

—No, no es eso; tú no debes olvidar jamás, que entre las muchas e importantes obligaciones sagradas de los Poderes Públicos, está la de velar por la moralidad, cegando esos focos de corrupción que, unidos a los otros vicios, constituyen un constante e insuperable obstáculo para el progreso y mejoramiento social.

—Convenido; pero. . . .

—No hay pero que valga. El degradante y peligroso vicio del juego

lleva a los hogares incalculables penalidades, y los hombres que llegan a encenagarse en él, pierden la vergüenza, el buen sentido, la moral, sus buenas costumbres y todas las hermosas cualidades con que les dotó la Naturaleza.

—Precisamente.

—Es inútil que argumentes en contra. Recuerda que son muchas ya las víctimas del juego. ¡Cuántos infelices no han pagado con su vida los ratos de ocio y corrupción en que han vegetado, perdiendo su tiempo, su dignidad, su dinero y el bienestar de sus familias! ¡Cuántas lágrimas de dolor y de hambre no han derramado centenares de viudas y huérfanos que, bajo el peso de las terribles consecuencias del juego, sufren resignadas su infortunio, ocultas en un miserable rincón y cubiertas, apenas, con inmundos harapos, restos bochornosos de pasadas opulencias.

—Muy justo. Acepto y estoy de acuerdo en todo lo que has dicho; mas, es el caso que a veces el juego sirve para aplacar el hambre, para cubrir desnudeces, para llevar, en fin, algún consuelo a los hogares desvalidos.

—Eso será para el jugador que hoy gana; pero que mañana vuelve a jugar y pierde, y sigue jugando y si-

gue perdiendo hasta sucumbir con todo. . . .

—No me refiero a eso. La persona o personas que pueden figurar en el caso de que te hablo, no toman parte directa ni indirecta en el juego; son. . . .

—Son, entonces, aquellos concurrentes que hacen el bochornoso papel de espectadores y que, cual aves de rapiña, esperan el momento propicio para caer sobre el ganancioso y mendigar de él, de la manera más humillante, unas cuantas monedas; monedas que por desidia o por vagancia no han podido adquirir mediante un honrado trabajo.

—Todavía no son esos, de los que yo te quiero hablar, hay otros que la virtud del juego favorece.

—¿Pero acaso crees tú que el juego sea virtuoso o tenga sus virtudes?

—Nunca será virtuoso el juego; pero tampoco carece de virtudes y en prueba de mi aserto, te referiré un caso.

II

En cierta ocasión conocí una familia compuesta del padre, de la madre y de dos niñitas de corta edad.

El padre era un joven honrado, de buenas costumbres, trabajador, sin vi-

cios de ninguna clase y amante de su hogar; percibía o mejor dicho tenía asignado un miserable sueldo como amanuense en una oficina del gobierno.

La madre, joven también, juiciosa, económica, y dueña de su hogar, compartía con su marido tanto los goces como las penalidades, con una resignación muy grande y con una paciencia ejemplar.

La época? -Aquella en que los infelices empleados del gobierno carecían de toda clase de consideraciones, quizás por el hecho de ser empleados del gobierno despótico que teníamos, quizá porque, no recibiendo sus sueldos ganados, carecían de todo lo indispensable. Tú recordarás que en aquel entonces, todo empleado que vivió del Presupuesto llegó a ser un ente miserable, sin derecho a consideraciones de ninguna especie, sin palabra, sin crédito y hasta sin vida propia.

Luis—llamémosle así al joven de nuestro cuento—llegó una noche al miserable cuarto que habitaba en compañía de sus pobres gentes.

Sentada en un desvencijado taburete, la madre arrullaba en su tibio y amoroso regazo a su tierna hijita a quien, visiblemente conmovida, trataba de engañar, poniéndole en su

boquita seca y sedienta, el pálido y mortecino pezón, triste remate de su escuálido y vacío pecho. La criatura, con los ojos cerrados y en actitud angelical, se alimentaba más con el calor de su amorosa madre que de lo que chupaba.

La otra niñita, tirada de bruces en el sucio pavimento, gritaba y se retorcía, presa de una hambre devoradora.

El cuadro no podía ser más aterrador y aflictivo.

La miseria había unido su poder a la desgracia y ambas habían clavado despiadadamente sus garras en aquella infeliz familia.

—¡Dame pan, mamá!, ¡mamá, tengo hambre!

—Paciencia, hija mía, ya vendrá Luis y te traerá bizcochos y dulces, no llores.

—Papá no viene y yo tengo mucha hambre.

--¡Dios mío! Qué aflicción. La hora avanza y Luis no llega ¿qué será de él? ¡tan bueno! tan. . . .

– Mamá, mamita dame pan!

—Sí, cielo mío, yo te lo daré, ten un poco de paciencia, para mientras llega tu padre.

—Es que tengo mucha hambre, mamita y papá no viene!

—¡Dios de bondad! ¿por qué nos abandonas en esta terrible inclemencia?

Se oyen pasos.

Es Luis que llega, abre la puerta, entra y la vuelve a cerrar, tira su sombrero sobre la cama y sentándose en uno de los largueros de la misma, se limpia el sudor helado que baña su rostro; y, en presencia de aquel cuadro de miseria y de hambre, lanza, salido de lo más recóndito de su pecho, un suspiro abrumador y desconsolante.

—¿Qué te pasa, mi querido Luis, que acaso ha sido infructuosa tu salida?

La niñita, que yacía en el sucio pavimento, habíase quedado inmóvil y como aletargada en fuerza del hambre; pero al oír el nombre de su ansiado padre, despierta y haciendo un supremo esfuerzo, exclama con voz apagada:

—Papá, dame los bizcochos que dice mamá, papá tengo mucha hambre! papá. . . .

—Calla, por Dios hija de mi alma, con tus justos lamentos destrozas mi corazón.

Y al pronunciar estas palabras se levanta y se pasea por la estancia con el semblante descompuesto, la mirada vidriosa e indecisa y visiblemente nervioso.

—¡Qué desgracia! Esto es el colmo; he andado en busca de pan para tí

y para mis queridos hijos, han dado las diez de la noche y aún no lo he podido conseguir; y, sin embargo, he trabajado cumpliendo mi deber en la oficina, durante todo el día. ¿Será esto un castigo? ¿pero qué mal hemos hecho? . . . Acabo de pasar por el casino y como hoy es el aniversario de la Independencia, están bailando a todo lujo, en tanto que ustedes, que son hijos de la Patria festejada, se mueren de hambre! ¡Dios de clemencia! ¿porqué permites tan espantosos contrastes?

—Papá, tengo mucha hambre!

—Tentado estoy de robar para tí, para mis hijos. . . .

—¡Oh! no, Luis mío, antes moriremos resignadas que consentir en que te manches de tal manera. Ten confianza en Dios que él nos socorrerá!

—Papá, dame pan!

Tres palabras que más parecían salir de un sepulcro que del pecho hambriento de aquella infeliz criatura.

La madre sintió traspasado su corazón al oír tan quejumbroso lamento. Y la compañera fiel de Luis, del empleado honrado que había sabido cumplir su deber para con el Estado, de aquel infatigable servidor de la Patria a quien se le debían más de seis meses de trabajo contínuo y la-

borioso, no había probado un triste bocado hacia dos días, y al oír la exclamación dolorosa y casi mortal de aquel pedazo de sus entrañas, no pudo más y perdió el conocimiento.

La aflicción, las penas, el dolor, el hambre y la desesperación de su marido, unido todo a la extrema debilidad, la hicieron flaquear.

Luis, horriblemente alterado, nervioso, febril, corrió a detener a su tierna hijita que falta de apoyo maternal habría recibido tremendo golpe al caer del regazo.

Afortunadamente la criatura estaba dormida. La colocó cuidadosamente en la cama y después de prestar algunos auxilios a la madre, se puso el sombrero, lanzó una mirada extraña, de dolor, de desesperación y se lanzó a la calle, resuelto a procurarse alimentos a todo trance.

Caminaba a largos pasos hacia el centro de la ciudad, con intención de suplicar, de pedir y si necesario era, de robar un bocado para sus hijos.

Nada tenía que vender o empeñar. Sus sueldos comprometidos y los agiotistas rehacios para darle más dinero. ¿Qué camino le quedaba? ocurrir a sus amigos ¡Ah! pero, tendría amigos un empleado de Gobierno de las condiciones de él? ¡había que dudarlo! y él mismo lo dudaba.

III

En una de las principales cantinas situadas en el centro de la ciudad, había sentado *sus reales*, a la sazón, la famosa ruleta; y, como de costumbre, aquella memorable noche, se encontraba repleta de gente, la pieza en donde se jugaba.

Allí se habían dado cita todos los jugadores; desde el capitalista hasta el empleadillo, desde el burgués hasta el más desconocido obrero y desde el banquero o comerciante hasta el vendedor o corretero, pasando por chinos y turcos. Imposible se hacía ver al través de aquella muralla humana el tapete de los números que contenía la mesa.

Por supuesto que si se hubieran apartado los *mirones*, el número de los verdaderos jugadores hubiese quedado reducido a la mitad, más o menos.

Después de algunas horas de estar al rededor de aquella tentadora mesa atestada de monedas, billetes de banco y fichas con valor representativo, algunos mirones y jugadores en pequeño, comenzaron a desfilar dejando un tanto despejada la pieza, cuyo ambiente se había hecho insoportable.

Serían poco más o menos las once de la noche, cuando entró un sujeto

de aspecto aterrador, de mirada extraviada y con el ansia pintada en el rostro. Era Luis, el infeliz empleado que cansado de ir y venir, llegaba allí sin haber conseguido todavía un centavo con que comprar pan para su esposa y para sus hijos, quienes, a la hora, habrían tal vez sucumbido de hambre en aquel miserable rincón.

Al ver sobre la mesa de juego el *vil metal*, Luis dejó escapar de su pecho un rugido sordo, sus manos se crisparon y reprimiendo un movimiento sospechoso, volvió las espaldas y lentamente fue saliendo de aquel garito. Llegó a la sala de la cantina, buscó un asiento apartado y sentóse frente a una mesita.

Cuando el mozo de la cantina llegó cerca de él, Luis había cruzado los brazos sobre la mesa y colocado sobre ellos su frente sudorosa y fría. Lloraba lágrimas de profundo dolor, de rabia y de desesperación.

Su mente voló al lado de los suyos, y vió a su esposa y a sus hijitas tendidas en el sucio pavimento, con la faz descompuesta terriblemente por los estragos del hambre y de la lucha. Aquel cuadro de dolor y de miseria le aterró y le hizo apurar gotas de acíbar, que caían en su lacerado pecho como gotas de plomo candente.

Entre tanto, en la pieza inmediata se jugaba, se derrochaba, se perdía el dinero.

¡Espantoso contraste del destino!

—¿Qué toma? se atrevió a preguntar el mozo de la cantina, observando la postura y actitud de Luis.

El desgraciado no contestó ni se movió; pero dejó oír un suspiro tan doloroso que el sirviente resolvió retirarse y dejarle tranquilo.

¿Cuánto tiempo habría permanecido allí, en aquella triste situación el desgraciado empleado del Gobierno que había sabido cumplir su deber, y que, no obstante, carecía de un bocado para sus hijos?

Difícil sería contestar esa pregunta.

Empero, llegóse el momento en que un venturoso chino, acariciado por la veleidosa fortuna había dejado limpia la mesa de juego y en el colmo de su entusiasmo, lanzó esta exclamación que fue acogida con beneplácito por todos los concurrentes:

—*¡Un público!*

Los mozos de la cantina al oír aquellas dos palabras corrieron a cerrar las puertas de la calle para impedir que los que pasaran invadieran la sala. Luis quedó dentro.

Los jugadores y los mirones llevando triunfalmente al chino, penetraron a la sala y momentos después todas las mesitas quedaron ocupadas.

En medio de aquel atronador murmullo, sólo se percibía la consabida pregunta ¿qué toma?

El mozo que interrogó a Luis, la primera vez, se acordó de él y adivinando quizá su desgracia y movido por un sentimiento de compasión, se acercó al puesto que ocupaba en la misma posición en que le dejó.

—Joven, ¿desea usted que le sirva? tiene derecho a pedir algo por una sola vez.

—Yo, ¿qué yo tengo derecho a algo? ¡No me ofenda usted!

—Sí joven, puede usted pedir, que se le dará.

Luis sonrió tristemente y dijo:

—No te burles de mí!

—Yo no me burlo de nadie, un jugador ha ganado demasiado dinero a la ruleta y ha ofrecido un público, y como usted forma parte de él, vengo a pedir órdenes.

—Pero, ¿es posible?

—Diga usted que es lo que voy a traerle?

—En ese caso, dime: ¿puedo pedir algo de valor?

—Lo que guste.

—Pues bien, traedme el valor de una botella de Wisky.

El mozo giró sobre sus talones y fuese por lo pedido.

Media hora después, Luis entraba en su aposento con el júbilo en el semblante y cargado de comestibles para su esposa y sus hijos.

¡Bocados brindados por el juego a la miseria!

De este modo el juego tiene sus virtudes.

ORIGEN DE LAS SILABAS DE LAS SIETE NOTAS DE LA ESCALA MUSICAL

Uno de los importantes ramos de la filosofía físico-moral es el estudio y desarrollo del *divino arte*, con el que desde los primeros años se ha dado expresión al sentimiento, en sus diferentes manifestaciones.

La música existe desde que existe el hombre; ella ejerce sobre él una influencia completa en todas sus acciones, así privadas como públicas, morigera en parte sus costumbres y despierta en él afecciones puras en donde campean la benevolencia, la gratitud, la veneración y la compasión.

Ese excelente modo de disipar nuestros pesares, se remonta a los primeros días del mundo terrenal y ha servido desde entonces para dulcificar los ardores de nuestra vida aciaga, llena de sinsabores y pesadumbres.

Por medio de la música desterramos a veces aquellos momentos sombríos en que todo nuestro sér sufre en silencio las amarguras de nuestra existencia; así vemos a diario personas que en medio de su tristeza tararean canciones populares o salmos beatíficos y hasta existe aquel conocido refrán que dice: «El que canta su mal espanta». Con respecto a los momentos de alegría, la música ocupa el puesto predilecto; sin ella no hay expansión en el ánimo, no hay gusto, no hay placer.

Los primeros pobladores de la Tierra, adoptando la hipótesis del Génesis, modulaban la voz y entonaban alabanzas al Señor, cada vez que el caso lo requería, sin que para ello estuviesen sujetos a reglas ni leyes. Recordemos a los Israelitas cuando fueron sorprendidos por Moisés bailando y cantando al rededor del becerro de oro; recordemos más tarde aquellos suntuosos festivales con que los Egipcios trataban de agradar a los Faraones. En todas esas manifestaciones de júbilo, la música ocupaba el primer puesto. Los Hebreos tocaban sus trompetas en las grandes solemnidades, principalmente en las fiestas de la Pascua de Pentecostés. Los Griegos trataron de imitar a los Egipcios y sus regocijos casi venían a ser los

mismos, tanto en las llanuras de la Arcadia como en las riberas del Nilo.

Los Griegos fueron los primeros que comprendieron la necesidad de legislar sobre el orden musical, y dictaron leyes con objeto de armonizarlo convenientemente y ejercer, por este medio, presión en las costumbres del pueblo; inventaron premios para los cantores que cada una de las tribus enviaba a tomar parte en los juegos olímpicos o en las bacanales donde el canto se ejercitaba con lujo y hasta con pretensiones artísticas; de aquí que se podría afirmar que Grecia fue la cuna del Teatro, por aquellos espectáculos dignos de encomio que servían de distracción al pueblo, en donde la voz humana comenzó a ser educada para el oído más delicado.

Desde los primeros años del imperio griego se empezó a ver el entusiasmo del pueblo hacia la música y cómo afluía la gente a las plazas públicas ávidas de presenciar las fiestas que se celebraban en honor del dios Baco, en la época de las vendimias. Para el final de éstas, disponían siempre celebrar juegos en acción de gracias por el buen resultado, y al vencedor de los juegos lo premiaban, sacando a pasear por las principales calles el premio otorgado al triunfante,

que regularmente consistía en un macho cabrío, el que concluía por ser sacrificado en honor del dios de las vendimias y a nombre del vencedor en los juegos. Durante la procesión del macho cabrío, en primera fila, iban los cantores, es decir unos cuantos hombres subidos en carretones que iban cantando himnos o alabanzas; después seguía la carroza en donde era colocado el macho cabrío en medio de hojas de parra y racimos de uvas. Más tarde fue inventado el verso trágico y en seguida se ideó la presencia de un actor que aparecía ante el macho cabrío ensalzando a Baco. Poco después introdujeron un segundo actor para que resultara dialogado el verso.

Así dieron principio las *representaciones* anuales, las cuales tenían efecto en las plazas públicas y encima de una especie de plataforma con ruedas y convenientemente adornada. Esta plataforma fue convertida en escenario, elevando sobre ella paredes cubiertas por techos a modo de casa, pero siempre con enormes ruedas para poder ser tirada por bueyes y pasearla por las calles principales, deteniéndose en sitios muy concurridos en donde los actores ejecutaban sus sainetes con acompañamiento de los cantores. Así tuvo principio el

Teatro, y la primera ciudad que construyó uno, fijo y, duradero, fue Atenas, sin perjuicio de seguirse ejecutando anualmente las fiestas de las vendimias como se ha descrito.

Los romanos, debido a su gravedad, de carácter y a las constantes agitaciones políticas, descuidaron o mejor dicho, fueron indiferentes a la música hasta que conquistaron a Grecia y presenciaron las fiestas del pueblo griego. Entonces trataron de imitarlo y dar impulso al divino arte, ordenando que en Roma no se celebrase función solemne sin el concurso de la música; se fundaron escuelas y colegios, se crearon verdaderos conservatorios y los Profesores de música eran tenidos como personajes importantes, a punto de que ellos eran los primeros en toda clase de reuniones, fiestas o funciones. Ya en esa época se conocían agradables sinfonías, aunque carecían de las reglas indispensables para ser reputadas como obras maestras de aquel tiempo.

Los emperadores romanos y la nobleza llegaron a entusiasmarse tanto con la música, que ellos eran sus más ardientes cultivadores, teniendo como de buen tono ejecutar conciertos personalmente y en público; esto contribuyó demasiado a que la música llegase a ser popular y adquiriese cier-

to tinte de nobleza. Nerón fue el emperador que más ennobleció el arte, pues la pasión por la música llegó a su grado máximo, y colmaba de beneficios, tanto nobiliarios como pecuniarios, a los músicos por el solo hecho de profesar el oficio. Nerón llegó a conquistar fama de gran músico y se había entregado tan de lleno al canto y a la ejecución, que una vez decretó la muerte de Vespasiano, sólo porque éste se había quedado dormido durante el tiempo que él estaba cantando; costó gran trabajo para obtener el perdón de Vespasiano, quien después llegó a ser emperador.

Con la muerte de Nerón, se acabó en Roma el entusiasmo por la música, contribuyendo a la completa ruina de ella, lo mismo que de las demás artes y ciencias, la invasión de los bárbaros a Europa y la pronta decadencia del imperio romano. Algunos historiadores mencionan a San Ambrosio y San Gregorio como sostenedores de la música, allá por los siglos IV y VI; pero no con aquel esplendor de los tiempos pasados, pues por más esfuerzos que hicieron sólo lograron reformar algunos cantos litúrgicos.

Cuentan que en el siglo VI existió un prelado benedictino que se propuso consagrar todo un año de canto en honor de San Juan Bautista y en

fuerza de tanto cantar se enronqueció a grado de no oírsele lo que hablaba, y con objeto de que San Juan le restituyese el uso de la voz compuso en su honor y gloria un himno que decía así: «*UTqueam laxis, REsonare fibris, MIra gestorum, FAmuli tuorum, SOLve polluti, Labii reatum.*»

El prelado recobró la voz y entonces los Santos Padres decretaron que a este himno se le pusiera música y se cantara en las vísperas de San Juan Bautista. Ahora bien, el monje Aretino inventó un sistema musical compuesto de seis cuerdas con las cuales formó la entonación y les puso por nombre a cada uno de los sonidos de su *exacordio*, las primeras sílabas del himno de San Juan Bautista, resultando: «Ut, Re, Mi, Fa, Sol, La». Este sistema resultó incompleto según el parecer de los maestros, porque las letras del alfabeto latino con que se denominaban las notas de la escala musical eran siete y la entonación gradual ascendente que el maestro que compuso la música del himno de San Juan Bautista, dió a las sílabas primeras de cada verso, constaban de seis sonidos, resultando la necesidad de repetir un sonido en otra cuerda. Si el célebre Aretino inventor del exacordio se hubiese fijado en esta irregularidad, indudablemente

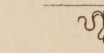
hubiese aumentado una séptima sílaba; pero se dejó llevar del entusiasmo de haber descubierto las seis sílabas del himno y de la entonación apropiada y gradual de ellas, dejando incompleta la escala musical hasta que Fray Pedro de Ureña, en el año de 1620 reformó el sistema de Aretino agregando la sílaba *si* para sustituir la última letra latina quedando la escala musical con las sílabas: «Ut, Re, Mi, Fa, Sol, La, Sí.» Veinte años después un célebre músico italiano de apellido Doni sustituyó la sílaba *Ut* por la primera sílaba de su apellido, tanto por ser más fácil de pronunciar como por ser más agradable al oído y desde esa época se llaman las siete notas de la escala musical: «Do, Re, Mi, Fa, Sol, La, Sí.»

FIN.

INDICE

	PAGINA
Prólogo	5
Aventuras de Pepillo	15
El que a hierro mata a hierro muere.	33
El número fatídico	59
La egolatría	81
Una noche en la Tierra.	91
Somos locos.	103
Historia de un billete de Banco (Contada por el mismo)	109
La vida y la existencia.	129
Ah! Las hormigas! (Histórico)	135
Parábola del labrador. — La heredad de los cinco hermanos.	145
Divagaciones sobre la mujer	161
El grito de un ángel	171
¡Patria!	183
Pobreza y Crueldad	191
La virtud del juego	197
Origen de las sílabas de las siete notas de la escala musical	213

OBRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR



Pactos Internacionales de El Salvador

Tres tomos (Colección de Tratados y Convenciones.)
Precio: $6.00 obra completa.

Por la Paz de Centro-América

Un tomo (Estudio pacifista dedicado a la «Universidad Hispano-Americana.»)
Precio: $1.00.

Almas Grandes

Un tomo (Novela regional.)
Precio: $2.00.

Naderías

Un tomo (Artículos y Cuentos.)
Precio: $1.00.

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00054532282